

CRISTIANIDAD

25 DE MARZO DE 1858:

DÉCIMO SÉPTIMA APARICION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, EN LOURDES, A SANTA BERNARDITA SUBIROUS

Son sus palabras: «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION»

Con ellas se da María un nombre nuevo, como para mostrar a la Iglesia su gratitud por el dogma que se acaba de definir...

... LA INTERVENCION DE MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA
SE HACE MÁS OSTENSIBLE...

... y acrecienta los motivos de esperanza en
el triunfo sobrenatural de la Iglesia de Cristo.

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINGENAL

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual
Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

El Año Mariano va encaminado a un doble fin:
La conversión del pecador.
El retorno de la sociedad a la paz de Cristo.

SERVICIO CATOLICO DE INFORMACION
(S. E. C. I. N.)

AVISO A LOS PADRES DE FAMILIA

Por menos de DIEZ CENTIMOS diarios, le ayudaremos a usted en la labor que lleva a cabo diariamente de formar en católico a sus hijos. Publicamos «Guía del Católico», boletín semanal donde aparecen ordenadas por salas de espectáculos, las diversiones con su clasificación moral. Asimismo le indicamos lecturas, conferencias, excursiones, deportes, etc., etc., siempre de acuerdo con las normas de la Iglesia, además de otros datos de sumo interés para usted y su hogar.

Contestaremos gustosos a sus consultas por teléfono: 37 46 11, si es usted suscriptor de «Guía». Todo ello por 30 pesetas anuales.

Para suscribirse dirijase usted a Servicio Católico de Información, Balmes, 132. Teléfono 37 46 11. Barcelona.

Precio de este ejemplar: 7,50 ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

«*Que soy era Immaculada Councepciou*» frag-
mento de la Encíclica «*Fulgens Corona*»
(pág. 89).

PLURA UT UNUM:

El Mensaje de la Oración (págs. 90 y 91 y 94).

Lourdes. Hojas del carnet de un peregrino,
por Gabriel García-Badell (págs. 92 a 94).

*El «Bureau des Constatations Médicales de
Lourdes»*, por el Dr. Agustín García-Die
(págs. 95 a 98).

Werfel y el «Canto a Bernadette», por B. G.
(págs. 99 y 100).

DE LA IGLESIA DEL SILENCIO

Cinco años de vida en las catacumbas, por el
P. Alejandro Mircea (págs. 101 y 102).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Las diabluras del Teatro de Cámara, por
S. F. (pág. 103).

*El canto personal de Panero y una poesía de
planetas habitados*, por Francisco Salvá
Miquel (págs. 104 y 105).

DE ACTUALIDAD

Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (pági-
nas 106 y 107).

Quincena política, por Shehar Yashub (pági-
nas 107 y 108).

ANEXOS

Discurso de S. S. el Papa al Embajador de la
Reina Isabel II de Inglaterra. — Radiomensaje
del Santo Padre Pío XII a los enfermos en su
«Jornada» del Año Mariano.



«Que soy era Immaculada Councepciou»

«Parece como si la Virgen Santísima hubiese querido confirmar por sí misma de una manera prodigiosa la sentencia que el Vicario en la tierra de su Divino Hijo había pronunciado, con el aplauso de la Iglesia entera. Cuatro años no habían acabado aún de transcurrir, cuando en un pueblecito de Francia, en las estribaciones de los Pirineos, la Santísima Virgen, vestida de blanco, cubierta con cándido manto y ceñida su cintura con una faja azul, se apareció a una niña inocente y sencilla en la cueva de Massabielle. Su aspecto era juvenil y afable, y como la niña insistiera en saber el nombre de quien se le había dignado aparecer, Ella con una suave sonrisa y alzando los ojos al cielo, respondió: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

»Los fieles midieron bien el alcance de tal acontecimiento, y acudiendo en multitudes innumerables de todas partes del mundo, reanimaron su fe, encendieron su piedad y se esforzaron en conformar su vida con los preceptos de Cristo. Y allí, también, en repetidas ocasiones obtuvieron con su oración milagros que suscitaron la admiración de todos y confirmaron la religión católica como la única verdadera dada por Dios.

»Y de un modo particular lo comprendieron así también los Romanos Pontífices, que enriquecieron con gracias espirituales y favorecieron con su benevolencia el templo magnífico, que en pocos años había levantado la piedad del clero y del pueblo cristiano.

»Donde quiera que exista—como ocurre en casi todas las diócesis—un templo donde la Virgen Madre de Dios es venerada con especial devoción, acudan allí las piadosas multitudes de peregrinos, en determinados días del año, con públicas y edificantes manifestaciones de la fe común y del común amor a la Virgen Santísima. No dudamos de que así sucederá de una manera particular en la gruta de Lourdes, donde con piedad tan ferviente se venera a la Bienaventurada Virgen María, concebida sin mancha de pecado».

Fragmento de la Encíclica «*Fulgens Corona*» de 8 de Septiembre de 1953, con que decretó el Año Mariano de 1954.



EL MENSAJE DE LA ORACION

oro, y de cuentas blancas; pendiente de su cabeza llevaba un velo blanco, que la cubría hasta los pies, de los cuales sólo se le veía la punta de los mismos; ese velo blanco le cubría la cabeza y los pies por las espaldas y brazos, y en cada pie se le veía una rosa amarilla; el ceñidor de la túnica era azul. Era una doncella viva, muy joven, rodeada de luz.

Esta es la descripción que hizo Bernardita en el mismo día de las apariciones, a su madre, al regresar a su casa. Repetidas veces, ante los interrogatorios que recibió, bien fuera de las autoridades civiles, bien de las autoridades eclesiásticas, volvió a repetir la descripción de aquella Señora o Señorita, como ella alternativamente dice, casi con idénticas palabras.

Como veis, los rasgos característicos son los mismos en cuanto a la Persona, en cuanto a su traje y actitud y en cuanto a sus manifestaciones externas.

Ni los videntes de La Salette, ni Bernardita Soubirous se atrevieron a afirmar que fuera la Santísima Virgen la que se les aparecía, hasta tanto que Ella se lo declaró; siempre respondían diciendo que era una Dama de singular hermosura, tal que no la habían presenciado nunca semejante en este mundo.

“¿Quién es ésta...?” Son palabras del Sagrado Libro del Cantar de los Cantares, cap VIII, v. 5.

La Imagen de la Gruta

Excmo. Sr., Sr. Excmo., venerables Hermanos y muy amados Hijos:

Interesa sobremanera en el desarrollo de los temas de este Novenario comprobar la identidad de la Mensajera Celestial en los tres mensajes traídos del Cielo durante el último siglo.

Oíamos anteanoche la descripción que nos hacía de esta Celestial Mensajera la niña vidente Melania; hoy vamos brevemente a indicar los caracteres que señala la vidente de Lourdes, Bernardita Soubirous. Siendo de advertir que es tanto más auténtica y digna de crédito la relación, cuanto que parte de personas más sencillas, más inocentes y más ajenas a todo fraude: Melania, niña inocente de 14 años, de vida purísima, que transeurría en el cargo de pastora de vacas, en las soledades del monte de La Salette, y Bernardita Soubirous, niña — según ella respondía en un interrogatorio que se le hizo en los días mismos de las apariciones — de unos 12 a 13 años, completamente ajena al trato con el mundo, había vivido siempre en soledad, actualmente apacentaba las ovejas del señor a quien servía en Bartrés.

De cómo se apareció la Señora en Lourdes

Veamos la descripción que hizo esta niña de esa Mensajera venida del Cielo, que ella contempló por espacio de una hora aproximadamente cada día, en las 17 apariciones que tuvo. Dice que era *una joven de la misma estatura que ella, la cual la saludaba con una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa*. No hubo una manifestación siquiera de la Virgen a la que no acompañase la sonrisa, muy digna de notarse, que ha hecho que sea conocida la Santísima Virgen de Lourdes con el título de la Virgen de las Celestiales sonrisas.

Digo que es muy digna de notar esta circunstancia por que caracteriza precisamente la índole del mensaje.

Tenía en su brazo derecho pendiente un rosario de cuentas amarillas, como de oro, de cadena amarilla, como de

Uno de los más célebre escultores de Francia, habiendo oído la relación que hacía la niña Bernardita, de la Santísima Virgen, esculpió una bellísima imagen, según la descripción de la vidente; al verla Bernardita, exclamó: *Es muy hermosa... Pero no se puede comparar a la Señora que yo he visto.*

Esta bellísima Señora que se presentó en el espacio de menos de cien años a tres pastorcitas inocentes para encomendarles el mensaje que traía de su Divino Hijo, indudablemente, según lo atestigua la Iglesia, era la Virgen María; aquella gran señal que se nos describe en el cap. I del Apocalipsis, que *apareció en el Cielo llena de esplendor, coronada de doce estrellas, que calzaba la luna y aplastaba con sus pies virginales la cabeza de la serpiente.*

Pidámosle gracia para poder entender cuál era el espíritu de este mensaje, que por segunda vez traía del Cielo, y para que nos acomodemos totalmente a él. El mundo lo necesita: es el mensaje de la oración. Supliquémoselo, rezándole con fervor el Ave María.

Dios te salve...

¿Quién es ésta...? Del Sagrado Libro del Cantar de los Cantares, cap. VIII, versículo 5.

Excmo. Sr., Sr. Excmo., venerables Hermanos y muy amados Hijos:

Varía radicalmente en la forma el mensaje primero de la Santísima Virgen, que relatábamos anteanoche, de su mensaje segundo, de que vamos a dar breve cuenta en la noche actual.

Aquel mensaje le anunció la Santísima Virgen en una sola manifestación que tuvo el 19 de septiembre de 1846, en La Salette, con los niños Maximino y Melania; ambos vieron a la Virgen, ambos la oyeron hablar, como se oye hablar a las personas con quienes se trata; ambos dieron cuenta exacta, independientemente uno del otro, de la identidad del mensaje, con las mismas palabras.

En el mensaje del 11 de febrero y días siguientes, hasta el 25 de marzo de 1858, la Santísima Virgen se deja ver

únicamente de una niña vidente, Bernardita Soubirous; las otras dos niñas, una hermana suya más pequeña y otra amiga suya, no la ven; la muchedumbre que acudía ante los rumores que corrieron rápidamente por la ciudad en torno a los hechos extraordinarios, tampoco la vieron; la única que podía testimoniar las manifestaciones de aquella señorita o joven *llena de hermosura, rodeada de esplendor que no era de la tierra*, era la niña Bernardita Soubirous.

Felizmente, el testimonio ya es hoy de mayor excepción, una vez que ha sido elevada al honor de los altares, y que la invoca la Iglesia universal.

Las apariciones silenciosas

Es necesario detallar el mensaje con las mismas palabras que brotaron de los labios de la Virgen de las *Celestiales Sonrisas*.

Voy a referir tan sólo lo esencial de estas palabras, que no fueron dichas en forma que pudieran percibir las personas que muchas veces rodeaban a la niña vidente.

El 11 de febrero, primera aparición, se le manifestó la Santísima Virgen por vez primera; la descripción la acabamos de oír en el comienzo de la Alocución; traía, como indicaba la niña, un rosario en las manos; *hizo la señal de la Cruz la aparición y se puso a rezar el rosario; la Señorita me sonrió, e inclinándose la cabeza se elevó un poco y desapareció*.

En este día no hubo habla.

Cuarta aparición, 19 de febrero. Cuando la preguntaron a quién había visto, respondió: *He visto a una señorita pequeña, no más alta que yo, que me sonreía con mucha bondad*.

En las cuatro apariciones primeras tampoco hubo habla por parte de la Virgen.

Ruega a Dios por los pecadores

Quinta aparición, 20 de febrero. Cuáles fueran las palabras que dijera la Virgen, no lo sabemos; cuando la niña fué preguntada por su madre qué le había dicho la Señora, dijo: *Me enseñó una oración*. Pero no reveló qué oración fuera ésta.

Sexta aparición, 21 de febrero. *La Señora me miró, me sonrió, alzó los ojos de mí, miró a lo lejos, volvió a mirarme entristecida y me dijo: Ruega a Dios por los pecadores...*; la primera parte anunciada claramente y terminantemente del mensaje de la Virgen.

Séptima aparición, 23 de febrero. La aparición llamó a la niña Bernardita y a continuación le dijo: *Tengo que confiarte un secreto que a ti sola te pertenece, y que vas a prometerme no revelarlo a nadie en la tierra*.

Cuando respondió: "lo prometo", continuó hablando la aparición:

— *Ahora, hija mía, vas a decir a los sacerdotes que quiero me edifiquen una capilla en este lugar*.

Segunda parte del mensaje de la Virgen.

¡Penitencia!

Octava aparición, 24 de febrero. La niña dijo en voz alta: *¡Penitencia! ¡Penitencia!*

Palabras que oyó a la Señora. Tercera parte del mensaje.

26 de febrero, décima aparición: *Dice la Señora que haga penitencia por los pecadores, subiendo de rodillas una cuestecita y besando el suelo*.

Undécima aparición: *Me dijo la Señora: Irás a decir a los sacerdotes que edifiquen aquí una Capilla*.

Décimocuarta aparición, 2 de marzo: *Otra vez la Señora me dijo que fuera a ver al señor Cura párroco*.

Décimosexta aparición, 4 de marzo: *La Señora se entristeció un momento y me dijo: Ruega por los pecadores...*

Yo soy la Inmaculada Concepción

Décimoséptima aparición, el 25 de marzo: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Última parte del mensaje.

Finalmente, en la décimonona aparición, que tuvo lugar el 16 de julio, la Virgen descubrió a la niña su hermosura con más esplendor que nunca, le sonrió con inefable dulzura, inclinó la cabeza, como en ademán de despedirse de ella, y desapareció.

Esta es la relación totalmente auténtica, plenamente comprobada, de las apariciones de Lourdes.

Como veis, la Santísima Virgen, del mismo modo que en La Salette reveló un secreto a la niña vidente, con la diferencia de que el secreto que reveló a Melania la autorizó y aun la mandó que pudiera descubrirlo en el año 1858; era de carácter general para la Iglesia y tenía puntos importantísimos directamente relacionados con el Vicario de Jesucristo. El secreto que comunica la Santísima Virgen a Bernardita Soubirous es particular, personal, y no se descubrió, no obstante las presiones que muchas personas trataron de hacerle insistentemente, nunca, durante la vida de Bernardita.

Una vez le había dicho, según ella reveló después, aunque no aparece en la relación oficial que he indicado, que no le prometió bienes de la tierra, sino bienes del cielo.

Probablemente, este secreto estaba directamente relacionado con los bienes del cielo que la Santísima Virgen le había prometido y que le daría en abundancia.

Características de este segundo mensaje

La primera característica es la bondad maternal, la suavidad, la dulzura con que viene a repetir la Virgen, por segunda vez, lo esencial del mensaje, que diera a los videntes de La Salette. Entonces, aquella Virgen que lloraba anunció terribles castigos, que se cumplieron fielmente; fué inútil; el mundo, en los once años transcurridos, continuaba caminando precipitadamente hacia el abismo...

¿Qué hace la Santísima Virgen?... Lo que hacen las buenas madres: cambia el procedimiento del rigor por la dulzura, por el amor; por eso la Virgen aparece sonriente siempre; lo esencial del mensaje no varía; varía totalmente la forma del mensaje.

El mensaje primero puede decirse que es un mensaje razonado; éste es un mensaje confidencial, maternal, dicho por frases sueltas.

¿Oiría el mundo la voz de su Madre?

Partes que contiene

Primera: *Petición de oraciones*.

La Virgen aparece rezando, y rezando precisamente el Rosario, que tiene entre sus manos. Dicen los que escribieron contemporáneamente sobre los sucesos acaecidos en Lourdes que cuando Bernardita Soubirous tomaba el Rosario en sus manos y se ponía en la actitud misma que había observado en la Santísima Virgen, más que una criatura del suelo parecía un ángel del cielo; que la simple señal de la Cruz hecha por Bernardita tenía una influencia tan grande en las almas, que muchas veces lograron conversiones señaladas nada más que porque vieron hacer la señal de la Cruz a Bernardita, como se la había visto hacer a la Santísima Virgen; la oración del Rosario es la que rezaba la niña todos los días al llegar a la gruta, y ordinariamente en medio de esta oración la interrumpía la Santísima Virgen con su visita.

Segunda parte del mensaje: *Penitencia*.

¡Penitencia, penitencia! No hay otro remedio para los

LOURDES

Hojas del carnet de un peregrino

Casi todos los años de mi vida he pasado mis vacaciones de verano en el norte de España o en el mediodía de Francia, y en muchas de ellas, si dispuse de unos días, procuré realizar una pequeña excursión a Lourdes.

Creo que no hay un sitio en el mundo como éste, del encantador valle de Argèles, que haga meditar más profundamente a todos los creyentes católicos. A los que están enfermos y a los que disfrutamos de excelente salud. A los primeros porque sueñan en visitarlo y es para ellos una esperanza. A nosotros, porque es allí en donde reconocemos los beneficios que debemos a la Providencia, por no formar parte de esa gran masa de la humanidad que sufre enormes calamidades físicas, y que, a veces, exhibe unas lacras tan repelentes y tan raras que, los que no somos médicos, aseguraríamos, si no las viésemos, que únicamente podrían ser imaginadas por una mente que desvaría.

Además, creo que no he encontrado un templo, entre las maravillosas catedrales de centenares de ciudades, de todas las épocas y de todos los estilos, que me inspire más devoción, y que en la noche me parezca más grandioso, que el que me ofrece aquella sencilla explanada, cubierta con la bóveda de un cielo tachonado de estrellas, emplazada delante de la modesta gruta de Massabielle, que fué antiguamente refugio de los pescadores del Gave, y en la que, en unos días no muy lejanos, Bernadette ha visto la gran aparición.

Y creo también que no habrá ninguna persona, sean las que sean sus ideas religiosas, o aunque alardee de escepticismo, que sea capaz de decir que no experimenta en Lourdes una emoción inigualable al ver las manifestaciones de fe de las multitudes que allí se congregan.

Porque es verdad que hay muchos sitios — ¿quién lo duda? — en cada pueblo y en cada ciudad, de gran atracción para los creyentes, porque todos están impregnados de recuerdos, o rodeados de unos ambientes con tradicionales leyendas, o en los que por diferentes causas pusimos nuestro afecto; pero en ninguno de ellos — a excepción de los de Tierra Santa — se elevarán precios en idiomas más distintos, por gentes de razas más diferenciadas, que procedan de más inverosímiles lugares, de ideas políticas o sociales más opuestas, que en este trozo de tierra que participa de las valiosas cualidades de dos regiones francesas que siempre admiré: el Bearn y el Bigorre.

I

Esta mañana, cuando paseaba por el parque de la Basílica, para observar las innovaciones introducidas en los edificios y en los jardines, he sufrido, una vez más, una impresión desagradable, al ver el letrado de las oficinas dedicadas al control médico. Siempre me produjo este raro efecto, porque me pareció, algo así como si quisiéramos llevar cuentas a la Virgen de las Mercedes que nos concede, y tomásemos toda clase de garantías para comprobar, concienzudamente, las cifras que debíamos consignar.

Para contrarrestar tan molestas ideas he pensado que esta «constatation médicale» no era para nosotros, sino para que sirviera de convencimiento a los que dudan de la intervención de Dios en todos y en cada uno de los actos de nuestra vida. Y también he recordado, como disculpa, que el mismo Jesús fué el primero que nos dió ejemplo, al ofrecer a uno de sus discípulos, la comprobación indiscutible de su Resurrección, en una prueba que no podía ofrecer dudas de ninguna clase, limitándose a decir a tan incrédulo discípulo: «Porque viste creíste, Tomás...» Y he seguido pensando que desgraciadamente tenemos que reconocer que hasta los más fervientes católicos, en los momentos de desfallecimiento — ¡somos débiles, Señor! —, sentimos una gran atracción por las pruebas de los milagros, y deseáramos que para cada uno de nosotros se realizase el nuestro — nuestro milagro —, hecho a la medida, y en el momento preciso que determinásemos...

Y la causa es que olvidamos constantemente que la obra de la Creación es la resultante de innumerables milagros y que cada uno de nosotros somos *la prueba* de muchos de ellos. Delante de mí, en este parque tan lleno de recuerdos, cada árbol, cada planta que veo, vive, se reproduce y muere por razones que son al fin y al cabo misteriosas, inexplicables y en resumen verdaderos milagros. Y esta misma luz del sol que nos inunda esta mañana, ha venido a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo a ofrecernos otra prueba del divino poder del Creador. Y no solamente somos en esto flacos de memoria, sino que también nos olvidamos fácilmente de los milagros de Jesús, de aquellos milagros, para cuya comprobación no necesitamos acudir a testigos, ni a interpretar textos, sino que aparecen claros y terminantes ante nuestra razón.

¿No sería milagro para un ser que viniera de otro planeta oír

que en estos momentos doblan las campanas por un pobre galileo que murió hace 1.900 años...?

Milagro es que se haya difundido una doctrina, que, como decía un escritor, parece basada en los más grandes absurdos (creer en las cosas que exceden a nuestras luces, esperar cuando estamos desesperados, y — lo que es menos aceptable por nuestra naturaleza humana —, amar a los que nos odian y nos hacen daño...)

Y por esta doctrina de tan difícil adaptación es por lo que hoy nos congregamos aquí miles de hombres y la que une a millones de católicos de los más apartados lugares.

Y es milagro que habiendo elegido Jesús para su propagación las gentes más humildes, aquellos pobres apóstoles que no tenían preparación cultural alguna, ni medios de fortuna, ni grandes luces, ni excepcionales ánimos, hubiese podido conseguir con ellos el inverosímil éxito de su difusión.

Y es milagro que hayamos visto que mientras se derrumbaban imperios, monarquías y repúblicas, y mientras cambiaban los regímenes políticos de los pueblos, continuaba inamovible la dirección del catolicismo; y que a pesar de los defectos e imperfecciones de sus seguidores — que hicieron cuanto pudieron por desacreditar su religión — continúe invariable la sucesión de Pedro el pescador, e invariables los dogmas y fundamentos de su Iglesia.

Y así hubiese seguido recopilando en mi mente pruebas, si no hubiese brotado del fondo de mi alma una reacción viril contra aquellas dudas y debilidades que me han hecho exclamar ¿para qué queremos más milagros? ¿Por qué somos insaciables y deseamos más garantías?

Pero a pesar de todos estos razonamientos un gran número de personas, por respetos humanos, no se atreven a reconocer públicamente los milagros de Lourdes, y digo por respetos humanos por no decir satánico orgullo, porque en realidad este orgullo es digno heredero de aquella diosa-razón que entronizaron en el pasado siglo. Ha sido preciso que un célebre médico — premio Nobel — se haya lanzado a escribir que en estas curaciones de Lourdes, ocurre algo raro, algo todavía misterioso — para cuyo análisis no se cuenta con explicaciones científicas suficientes que nos aclaren cómo pasan las cosas —, para que otras gentes se atrevan tímidamente a hablar de curaciones...

Yo por mi parte les diría que estoy convencido que los grandes milagros de la Virgen no son los que controla precisamente el «Bureau Médical», porque creo que hay otros muchos, como son los de orden espiritual, que considero aún más difíciles que las espectaculares curaciones que quieren discutir.

Y sin darme cuenta y pensando en todas estas cosas, que consigno en estas cuartillas, he venido paseando hasta la puerta del hotel.

II

El que haya visto llegar a la estación de Lourdes un tren de peregrinos enfermos no olvidará esta escena con facilidad. En los andenes esperan los «brancardiers» siempre animosos, y siempre dispuestos a toda clase de sacrificios. A la hora de la llegada, por intempestiva que parezca, allí estarán estos camilleros dispuestos a servir a los enfermos. De esa, como en todas partes, antipática aglomeración de gentes de los andenes, se destacará este grupo de hombres, que, además de tener la práctica de conducir camillas, de forma que resulte lo menos incómoda a los enfermos, poseen otra cualidad de bastante más valor y la más bella de las virtudes: la caridad cristiana.

Son pacientes al tolerar durante un largo período de tiempo, y en todos los momentos de sus días, el nerviosismo de los enfermos. Son valerosos para vivir constantemente entre el dolor. Son abnegados para renunciar a todo género de comodidades y hasta de los más pequeños descansos que todos apetecemos: unas horas para las comidas y el sueño. Son sufridos para soportar el contacto con gentes que presentan las más hediondas úlceras en sus cuerpos repelentes, que tienen que desnudar para bañarlos en las piscinas y que quizás habrán de abrazar para sostenerlos, manejarlos y transportarlos de un lado a otro. Y toda esta labor la realizarán con la dulzura que tienen todas las que se ofrecen a Dios...

Por eso estos hombres son ante mis ojos, ejemplos admirables de lo que debe ser el heroico amor al prójimo tal y como lo predica la doctrina de Cristo.

Pero abandonemos a los enfermos y ocupémonos de los viajeros.

En las caras de todos los enfermos que llegan en los trenes — algunos con 48 o 72 horas de viaje — encontramos expresiones que denotan alegría. El cansancio agotador, que se refleja en sus rostros, no sirve para ocultarlas. La tristeza de las incomodidades sufridas y del dolor, con el que creían desfallecer hace unos

momentos, se ha trocado, a la llegada a Lourdes, en contento y satisfacción. Brillan sus ojos y sus negros pensamientos han sido reemplazados por otros que están llenos de risueñas esperanzas «Van a ver a la Virgen que les va a curar».

Todos los malos ratos pasados en aquellos vagones de ferrocarril, todas las inquietudes de los preparativos, todos los sacrificios económicos de los gastos de viaje, y todos los sufrimientos, los dan por bien empleados, porque la Virgen compadecida de ellos puede hacer un milagro: curarles.

Los «brancardiers» colocan a los enfermos en los coches, y con ellos descienden por las empinadas cuestas de las calles de Lourdes, hasta los hospitales, en donde serán instalados. El día siguiente será «el gran día», el esperado hace tanto tiempo. Verán la gruta y rogarán ante la Virgen.

¿Por qué no ha de ser la fecha en que hagan crisis sus padecimientos?

III

El que va a la explanada, situada delante de la Gruta, perdido entre los numerosos miembros de una peregrinación, en las horas de la tarde señaladas para los diferentes actos religiosos, aturcido, cansado por falta de sueño — si es en verano, agotado por el calor — y con los nervios deshechos por las emociones que le ha producido lo que ha visto y oído, no puede darse cuenta perfecta de alguno de los aspectos que presentan estas manifestaciones de fe.

Le aconsejo que, siguiendo las instrucciones que me dió un amigo, ascienda por las rampas de la Basílica hasta el último piso, y que atravesando por la puerta de una verja, que muchas veces no está cerrada, siga por el camino que con su balaustrada rodea, en aquella altura, el edificio, hasta colocarse encima de la Gruta. Estoy seguro que me agradecerá estas instrucciones.

La vista panorámica desde allí es admirable. El Gave que aguas arriba era torrencial e impetuoso ha cambiado y corre a nuestros pies manso y tranquilo. Los prados que salpican el cuadro con diferentes tonos de color verde, constituyen el más bello ornato de sus orillas. Sobre ellas se destacan unos grandes edificios conventuales.

Si miráis hacia abajo, observaréis al lado derecho grupos de gentes que preparan a los enfermos para entrar en las piscinas. Las voces de un sacerdote llegan claramente hasta este sitio en que me he colocado.

Seigneur, ayez pitié de nous!
 Sainte Bernadette, priez pour nous!
 Notre Dâme de Lourdes, priez pour nous!
 Seigneur, si vous voulez vous pouvez nous guérir!

Y los enfermos, sus acompañantes las enfermeras y los «brancardiers» repiten las peticiones con voces, a las que la emoción imprime tonos lastimeros, que son pronunciadas con tanta unción y tanta fe, que el oírles nos produce escalofríos.

En el otro lado, ante la gruta de la Virgen, perfectamente alineadas, están las camillas y los cochecillos con los enfermos. Unas etiquetas rojas son los distintivos de los que están graves. Los bancos del primer término están reservados a las personas de sus familias o a los que los acompañan.

Una hilera de peregrinos se dibuja perfectamente. Está formada por los que van a desfilar por debajo de la Gruta para besarla, o para tocar a sus paredes medallas, rosarios u otros objetos de piedad. Y rodeando este conjunto, grupos dispersos y compactos de fieles están situados sobre la barandilla de la terraza, junto al Gave y en el resto de la explanada.

Esta vista admirable quedará también impresa para siempre en nuestra imaginación.

Todos los que allí oran, piden por sí mismos y por los que aman. Porque a las peticiones de aquellos despojos de cuerpos, de aquellas masas de carne enferma, de aquellas gentes con tantas laceras, hay que sumar las de los que vienen a pedir a la Virgen por los suyos. ¡Y qué variedad de peticiones! Por aquel marido que se separó del hogar familiar; por aquel hijo que lleva una vida desordenada; por aquella mujer que no piensa más que en frivolidades y en placeres materiales; por los que nos abandonaron para siempre, o por los que aquí quedaron, que tanto hubiesen deseado acompañarles...!

Todos estos son los que sufren dolencias espirituales y muchos de ellos son más dignos de compasión que los que padecen males corporales. Y unos y otros constituyen la Humanidad doliente, el terrible purgatorio que no llegó a describirnos con toda su crudeza el Dante, y que hoy conocemos en esta altura. Si el hombre de fuerte espíritu siente un terrible agobio y una enorme tristeza ¿cómo no se ha de compadecer la Virgen de aquellos seres que sufren en este mundo tantas calamidades y tantas miserias?

Pero todavía hay otros aspectos en estas multitudes que quiero destacar, porque suelen ser inadvertidos por muchos peregrinos.

Me refiero a que aquí, los odios, las antipatías, los recelos y las fobias que los habitantes de cada nación sienten por los de las demás, no existen. Junto a franceses veo a alemanes, polacos

e ingleses en gran camaradería, mejor dicho en unión que parece fraternal. Hace un momento un grupo de soldados americanos, con la bandera de su país desplegada, acaba de llegar a la Gruta y son los que llevan ahora la dirección del Rosario. Aquí no hay más que católicos que aspiran a que la Virgen les ampare. Y de sus preces se destacan siempre las mismas voces, que llegan, en cada momento, a nuestros oídos, Mutter, Mother, Mère, Madre...

¿Podría encontrarse algo que expresara más terminantemente esta hermandad? ¿Podría manifestarse mejor el concepto católico de lo que es el prójimo?

IV

El carrillón del reloj de la Basílica — con las conocidas notas del saludo a Nuestra Señora — me avisa que son las cuatro de la tarde. Desciendo velozmente por la rampa, para arrodillarme ante la Virgen, para pedirle por los míos y por mí, rogando que acepte todos esos méritos de los que sufren para que Dios en compensación de las culpas, y de las miserias morales de los pecadores, como nosotros, conceda al mundo la paz que tanto ansiamos, esa paz tan insegura que parece que no va a existir jamás entre los hombres, y que prometió su Hijo a los hombres de buena voluntad: Su paz, para que nuestros corazones no se acobarden, y podamos cumplir la misión que a cada uno nos ha encomendado.

Y concluida mi oración me traslado, a toda prisa, como todos los peregrinos, a la explanada del Rosario para presenciar la procesión del Santísimo, situándome, para no perder detalle, lo más cerca posible de los enfermos, que ya están colocados en todo el hemicycleo.

La ceremonia es sencilla y, sin embargo, es muy emocionante.

Al paso de la Sagrada Forma entre las líneas de cochecillos y camillas, los enfermos que pueden se incorporan. Yo que estoy junto a ellos puedo ver todo lo que a mi alrededor ocurre.

Delante de mí, en uno de los coches y en brazos de su madre, hay un niño angelical de 10 a 12 años. Es rubio con ojos claros, y tiene una tez pálida como la cera. Debe de sufrir alguna afección tuberculosa. A mi izquierda una mujer de edad madura presenta un aspecto de enferma de cáncer. Poco tiempo puede quedarle de sufrimiento, a juzgar por su extrema delgadez. Al otro lado, en un coche también, está un muchachote de buen color y aparentemente de gran presencia; pero tiene inmóviles sus brazos y sus piernas. Hay una camilla en la que una mujer está echada hacia delante, porque algún tumor le impide adoptar otra postura. Son incesantes sus quejidos mezclados con jaculatorias.

Todos con gran fe van siguiendo con sus miradas al sacerdote, que lleva la Sagrada Forma, pidiendo a Dios que les devuelva la salud. El silencio es casi absoluto.

El sacerdote se va alejando hasta que al fin traspone las puertas del templo...

Esta tarde no parece se haya realizado ningún milagro. Después de unos momentos, vuelve a oírse el ruido de los cochecillos que los «brancardiers» conducen a los hospitales.



PLURA UT UNUM

Todavía los peregrinos deberán asistir a la procesión de las antorchas, que será a las 9 de la noche; mas para los enfermos las ceremonias del día ya se han terminado.

V

Parece lógico que todos estos enfermos que se habrían forjado muchas ilusiones de que iban a terminar sus males y sus padecimientos, que han hecho un penosísimo viaje con infinitas molestias, cuando hayan visto la inutilidad de sus afanes, porque la Virgen no ha hecho el milagro que esperaban, se encuentren solos, deshechos, desesperados — ¡que es gran dolor el de la desilusión para sumarse a los otros dolores! — y que los pensamientos más negros y pesimistas invadan sus espíritus.

Porque habrá algunos que pensarán que el milagro podría realizarse posteriormente, y habrá otros que sigan soñando en volver a intentar esta prueba en el año siguiente; pero los enfermos que conocen sus grandes dolencias, y que saben que no disponen de plazos de espera, deben quedar convencidos de que Dios ya no quiere curarles. Y lógicamente la más terrible tristeza debe adueñarse de sus almas. Y, sin embargo, esto que parece lógico no ocurre jamás. Podéis comprobarlo.

Para ello os aconsejo que presenciéis también en la estación el momento de partida de una peregrinación, y que observéis detenidamente las miradas y los gestos de los enfermos, y que oigáis sus conversaciones. Y os desafío a que podáis mostrarme alguno — uno tan solo — que os produzca la impresión de que tiene un gran disgusto, ni tan siquiera contrariedad, por lo que el no creyente calificaría de fracaso.

Os llevaréis una sorpresa como me la he llevado yo. A los que no tengan fe les parecerá que se trata de locos, porque estas reacciones las juzgarán contrarias a las normales; pero el hecho es así.

Yo leí esta observación en una obra francesa dedicada a Lourdes, me llamó la atención, comprobé que era verdad y quedé maravillado.

¿Es porque la Virgen dijo a Bernadette que Ella no daría la felicidad en este mundo sino en el otro? ¿O es porque estas reacciones son verdaderos milagros de resignación? Yo me inclino a creer esto último.

Y si sobre este tema de la resignación indagáis con curiosidad, conoceréis todavía cosas más interesantes. Porque os aseguro que sé de enfermos, que después de llegar hasta aquí, pidieron a la Virgen que no fuesen ellos los curados, sino algunos de sus compañeros de infortunio y de peregrinación, haciendo el sacrificio de continuar sometidos a sus sufrimientos. Sacrificios, éstos, muchas veces superiores a los de la vida, que no puedo asegurar que ha-

gan llorar de alegría a los ángeles; pero que afirmo que hacen llorar de emoción a los hombres...

VI

No, no dejéis en las épocas de desánimo y de abatimiento de hacer un viaje a Lourdes. Será el mejor remedio para vuestra curación, porque vuestro espíritu será levantado hacia Dios. Y porque cuando regreséis a vuestra ciudad para ocuparos de vuestros trabajos cotidianos, continuando vuestra lucha por la vida, que es, ahora más que nunca, áspera y desagradable, veréis las cosas de una manera muy distinta de como antes las veáis, porque las miraréis a través de las imágenes que en vuestro viaje a Lourdes habréis recogido.

GABRIEL GARCÍA-BADELL

Julio de 1953



Viene de la pág. 91

males del cuerpo y para los males del alma. Cuanto acontece en el mundo de desagradable es ordinariamente castigo de Dios; y el castigo de Dios no se aleja, y la ira de Dios no se aplaca sino con la oración y la penitencia.

Tercera parte del mensaje: *Quiere la Santísima Virgen que el clero se congregue en los templos*; manda levantar un santuario; lo insinuó también en La Salette, y el Santuario se levantó. Manda por tres veces, repitiendo las mismas palabras, que se levante el Santuario en Lourdes; y se ha levantado, y han acudido a orar en él de todas las partes del mundo.

¡Qué oraciones no han brotado más fervorosas en aquella Capilla dedicada al culto de la Virgen Inmaculada!... ¡Cuántas conversiones no se han obrado allí! ¡Cuántas curaciones no ha hecho la Virgen milagrosa por las oraciones y bendiciones allí ofrecidas!...

El nombre de la celestial Mensajera

Finalmente, el mensaje de la Virgen termina con aquellas palabras tan consoladoras que se repetirían inmediatamente en todo el mundo y que fueron acogidas con júbilo del cielo por el corazón del Santo Padre Pío IX.

El año 1854 había declarado dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción; el mundo, que aquellos días atravesaba una situación gravísima, no supo acoger como era debido aquella manifestación del Cielo, y no faltaron quienes combatieron alevosamente la intención del Papa y quienes quisieron rebelarse contra la decisión infalible pontificia.

¡Qué consuelo fué para el Vicario de Cristo, convencido inmediatamente de la verdad de las apariciones de Lourdes, oír que aquella jovencita bella, hermosísima, rodeada de luz, la mujer vestida de sol, coronada de estrellas y que calza la luna a sus pies, decía como terminación de su mensaje: "Yo soy la Inmaculada Concepción...", la que ha definido el Vicario de mi Hijo... Vengo a dar la paz al mundo, la esperanza de días mejores... Vengo a dar el mensaje de la pureza contra esta irrupción de inmoralidad que todo lo invade... Vengo a fortalecer con esplendores de fe las tinieblas horrorosas del error, de la herejía, de la incredulidad y de la impiedad!...

Yo soy la Inmaculada Concepción...

Palabras que llenaron de júbilo al mundo cristiano, y se siguen repitiendo en todas las latitudes, en todas las lenguas: "Yo soy la Inmaculada Concepción..."

Sexto Sermón del Novenario de la Inmaculada Concepción, predicado en la Catedral Metropolitana Hispalense en el año 1948, por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal D. Pedro Segura Sáenz, Arzobispo de Sevilla

EL «BUREAU DE CONSTATATIONS MEDICALES DE LOURDES»



La asistencia a las actividades del *Bureau Médicale*, por espacio de más de treinta años, habiendo tenido la dicha, en varias ocasiones, de presenciar los prodigios realizados en Lourdes, y sobre todo, mi gran devoción a mi amada Madre la Santísima Virgen de Lourdes, me han decidido a hacer esta sencilla exposición sobre el Bureau de Comprobaciones

Médicas, o Bureau de Lourdes — nombre con el que se le conoce ordinariamente —, como garantía del milagro.

Procuraré en lo posible, no acentuar en mi relación el tecnicismo y ambiente médico, a fin de que sea ésta asquible y menos pesada a mis distinguidos lectores, que tanto me honran con su atención.

LOURDES.— Cuando, a principios del siglo XIX, se había apoderado de Francia el más grosero materialismo, negando el orden sobrenatural y engendrando las dos grandes plagas, el laicismo y el racionalismo, la Santísima Virgen se aparece en tres momentos distintos, para darnos una prueba inequívoca de su maternal bondad, como tan admirablemente dice el Emmo. Cardenal Segura: en París a la sencilla Sor Catalina Labouré (1830); en La Salette, a la pastorcita Melania (1846), y, finalmente, en Lourdes a Santa Bernardita. Y esta niña enfermiza e ignorante es la que confirma ante el mundo orgulloso y soberbio, las infalibles palabras del venerable Pontífice que, el 8 de diciembre de 1854, proclamara el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Desde aquel inolvidable 11 de febrero de 1858, en que tuvo lugar la primera aparición a la niña Bernardita, es Lourdes la puerta del cielo que se entreabre para derramar sobre la atribulada humanidad los tesoros inefables de su infinita misericordia. La Santísima Virgen cura allí a los moribundos ya desahuciados por los médicos, desde aquellas mismas fechas, precisamente, en que la ciencia médica se creía llegada al cenit de su progreso. Los prodigios y maravillas incontables conmueven al mundo entero y acuden las multitudes al desconocido y oculto rincón del Pirineo, ansiosas de postrarse ante la bendita Gruta Massabielle.

Bureau des Constatations Médicales

En Lourdes, además de la gran devoción que los peregrinos sienten por la bendita Gruta y la veneración extraordinaria hacia las piscinas, en donde tantos prodigios se realizan, despierta un interés y curiosidad enormes el Bureau, como se le designa corrientemente, u Oficina de comprobaciones médicas, esa “Aduana del Milagro” como tan galanamente la llamaba el señor Obispo de Tarbes-Lourdes. Su misión es, ni más ni menos, que examinar las curaciones que allí se realizan, e informar si las mismas pueden explicarse por los medios naturales o si no cabe darles tal interpretación.

Siendo, pues, su fin la comprobación científica de las maravillas que en Lourdes se realizan, la existencia del Bureau va muy unida a la historia de aquellos prodigios. La Iglesia ha procurado siempre el estudio y la confirmación de los milagros para sacar de ellos la gran lección apologética encerrada en ellos por Dios. No de otra suerte a como Jesucristo, según nos refiere el Evangelio de San Mateo, después de haber curado al leproso con sólo im-

poner las manos sobre su frente, le dice: “Mira, a nadie cuentas lo sucedido, pero ve, muéstrate al sacerdote que comprobará tu curación, cumpliendo así el mandato de Moisés”. El Divino Médico busca dar con ello una prueba más de la Divinidad de su persona y vencer la obstinación e incredulidad del pueblo judío.

Ese pasaje evangélico, con la petición al leproso de que le confirmen la enfermedad y curación, para que resalte y tenga más extraordinario valor el milagro, es el fundamento, la razón de ser del Bureau, de esa “clínica de lo sobrenatural”, como la llamó el doctor Boisserie.

La medicina y los médicos han ocupado un lugar muy relevante en los acontecimientos de Lourdes, pues ya desde los primeros prodigios intervinieron con sus observaciones detalladas y objetivas, sinceras siempre, para situar las cosas en su punto adecuado. Por tanto la lista de profesionales que preconizan los trabajos del Bureau debe encabezarse, sin duda, con el nombre del doctor Douzous, médico práctico de Lourdes en la época de Bernardita, de gran prestigio profesional, pero indiferente y escéptico. Ante los insistentes rumores propalados por las apariciones de Massabielle, asiste por curiosidad a la Gruta, reconoce a la niña, afirma su perfecta normalidad, comprueba y confirma el prodigio del cirio, que aplicado a la mano de Bernardita durante la visión, ni le causa dolor, ni quema su piel, en tanto que al repetirse la prueba pasado el éxtasis le hace apartar rápidamente la mano dolorida y con señales de quemadura.

Admirado de ello, estudia el médico detenidamente todas las circunstancias y convencido de la verdad de tan abrumadores hechos, se convierte en el más fiel testigo de tantas maravillas; observa detenidamente las primeras curaciones, describiéndonos minuciosamente la de Luis Bourriet, el cantero de Lourdes que pierde la visión en un ojo, a consecuencia de un traumatismo y la recobra lavándose en el agua del manantial milagrosamente brotado; así como la del niño Justino Bouthasts, al que, moribundo, saca su madre de la cunita en que agonizaba y, enloquecida por el dolor, ante el estupor de todos los vecinos, lo lleva a la Gruta y lo sumerge, llena de fe, en aquel hoyo de agua turbia y fría que pocos días antes, el 25 de febrero de 1858, había surgido bajo las puras manos de Bernardita, obediente al mandato de la celestial Señora: “Ve a beber en la fuente y lávate en ella.” Al volver a su casa, el niño, tras un sueño reparador, ha recobrado la salud completa.

Aunque el origen del Bureau tenga estos antecedentes en los mismos días de las apariciones, no se organiza oficialmente hasta el año 1885, en un pequeño e improvisado local al lado de las piscinas, bajo la acertada y sabia dirección del doctor Barón de Saint Maclau.

Si el impío Renán había afirmado que el milagro era imposible de demostrar científicamente: “Lo sobrenatural no existe, no es posible que haya milagros”; en Lourdes, junto a las risueñas y hermosas riberas del Gave, comienza a funcionar una clínica única en el mundo, abierta siempre a todos los médicos, extraordinaria tanto por el número como por la variedad de los casos que allí se observan, en donde con toda libertad se puede estudiar, conocer..., tocar el milagro. Esa clínica es el Bureau de Comprobaciones Médicas.

Es desde su fundación, el auxiliar indispensable, el fiel colaborador de la Iglesia, ante las maravillas de Lourdes, y su misión, por hallarse siempre dentro de los cauces de la ciencia médica, reviste una formidable fuerza apolo-

PLURA UT UNUM

tica, puesto que al dar luz sobre hechos extraordinarios, confirmando la veracidad de los prodigios con su comprobación científica, llega a la afirmación rotunda de la Divinidad.

Preside el Bureau una relevante personalidad médica de prestigio y solvencia intachables, que ordena y encauza el examen de los enfermos que se dicen curados y son llevados o se presentan en dicha oficina. En la misma proceden a examinar a los curados, con la mayor independencia y libertad, todos los médicos presentes en Lourdes, pues ni la religión, ni la nacionalidad, constituyen impedimento para intervenir en las investigaciones; protestantes, judíos, mahometanos, paganos, incrédulos, etcétera, y de todas las naciones y pueblos del mundo, se reúnen allí sin más condición esencial que la de ser médicos y estar dispuestos a proceder con esa rectitud que la profesión exige.

No existen normas especiales para los trabajos y exámenes del Bureau. Las normas, el criterio científico son los mismos que empleamos en nuestras clínicas y hospitales para el reconocimiento de los enfermos, con el fin de orientarnos y poder acertadamente consolidar un diagnóstico.

Siguiendo la admirable labor del benemérito fundador el Barón de Saint Maclau, los sucesores en la presidencia del Bureau: doctores Boisserie, Le Bec, Marchand, Cox, Abadie, Bayro, Vallet, han procurado mantener siempre este tan importante centro de investigación entre las avanzadas del movimiento científico, habiendo recibido el último y muy valioso impulso de organización, del infatigable Profesor Dr. Leurret, su Presidente actual, apóstol fiel e incorruptible de la obra de la Gruta, que muy emocionado al ver la confirmación de los prodigios rigurosamente examinados, exclama: "El estudio ordenado y detenido de los casos, según la moderna ciencia, nos abre un gran horizonte, que nos conduce al encuentro de Dios."

El estudio de los curados nunca se hace con precipitación: en la mayoría de los casos requiere tiempo y una observación detenida. Hay que tener muy presente que los médicos encargados del reconocimiento y examen, en general no conocían al enfermo antes de presentarse en el Bureau, y para evitar confusiones lamentables y peligrosas, conviene pertrecharse de documentos y testigos de toda garantía. Los supuestos curados asisten a esta oficina de comprobación mañana y tarde, para ser examinados por distintos médicos durante los días que dure su estancia en Lourdes; cada médico por separado, hace un "rapport" o "dossier" del caso y luego en la sesión de conjunto se leen y discuten. Si no existe uniformidad de criterio, si la curación se presenta dudosa, o su mecanismo admite distintas interpretaciones, se suspende el estudio y se da el caso por completo desechado.

Ello nos dará clara idea del rigor con que se procede, en todas las decisiones del Bureau, con la más amplia libertad y sin que pueda existir presión o influencia alguna.

Los curados ya estudiados en el Bureau, siguen sujetos, durante el año que transurre en espera del dictamen definitivo, a la asidua observación de los médicos, los cuales, de esta suerte, se hacen voluntarios cooperadores del Bureau, y con sus muy valiosos datos y aportaciones, completan el "dossier" de cada curado, de gran valor científico.

La severidad con que son filtrados por distintos organismos los casos de curaciones de Lourdes, antes de dar publicidad a la detallada y objetiva exposición de los hechos, reviste a aquéllos de tal seriedad y garantía, que ha servido de acicate para que los representantes de la verdadera ciencia, abandonando el silencioso desdén, consigna en aquella época, según las normas de la escuela materialista de Charcot en la Salpêtrière de París, hayan preferido seguir, desde hace años, la corriente irresistible que marca las enseñanzas de Lourdes, e investigando y

estudiando personalmente los casos, hayan llegado al conocimiento de la verdad.

Así se explica que aumente cada año el número de médicos que voluntariamente se presentan en el Bureau, deseando tomar parte en todas sus actividades, no siendo pocos los incrédulos, cuyas concepciones filosóficas son las más opuestas a la tesis teológica del milagro, pero que ante la evidencia de los hechos, no se recatan de confesar su asombro ante la realidad de lo humanamente imposible y ante la curación de lo científicamente incurable.

El número de médicos que en 1892 habían asistido a los trabajos y deliberaciones del Bureau era de 120. Desde entonces van aumentando progresivamente (excepto en el período de la guerra, cuando casi todos fueron movilizados) hasta llegar en el pasado 1951 a la cifra de 1.410. No poseo todavía los datos de los dos últimos años, pero con toda seguridad fueron más, pues acudieron de 15 naciones diferentes. Pasaron por Lourdes, en 1951: 1.832.000 peregrinos, que llevaron 24.224 enfermos a implorar de la Santísima Virgen la gracia de su curación. En 1952, con muy cerca de los tres millones de peregrinos, acudieron 28.282 enfermos; cifras, todas ellas, bien demostrativas de la enorme trascendencia que en todo el mundo tienen los hechos de Lourdes.

La observación y examen de las curaciones de Lourdes confirmadas por más de un millar de médicos, de los más diversos países, sin otra relación entre sí que el título profesional, es de una garantía jamás igualada en clínica alguna, que difícilmente puede superarse y que satisface por completo la más severa hipercrítica.

En parte alguna se afianza y educa más a la perfección el sentido crítico y valer clínico de los médicos, como en el Bureau de Londres; la minuciosidad y cuidado en examinar los enfermos curados, así como la escrupulosidad en discutir el mecanismo de las curaciones, es modelo que admira a cuantos fuimos llamados a formular nuestra opinión, afirma el doctor Biot, añadiendo a continuación, que, sobreguardado el espíritu científico de la medicina y demostrada así la verdad de los hechos, se coopera dignamente a la mayor gloria de Dios.

Siendo un deber del intelectual abordar los problemas con la mayor objetividad científica, rodeándose de cuantos medios auxiliares sean necesarios para llegar al esclarecimiento de la verdad, el profesor doctor Leurret, Presidente del Bureau, quiso facilitar cuantos medios fueran convenientes para dicho fin, y fundó con la eficaz ayuda y bendición especial del Excmo. Sr. Obispo de Lourdes, el Bureau de Estudios Científicos. Instalado en unos amplios locales del recinto de los Santuarios, se inauguró el día 20 de agosto de 1948. Está provisto de los medios auxiliares más modernos, y, como ya indicamos, cuenta con personal especializado. Completan su magnífica instalación una bien dotada biblioteca, sala de estudio y amplio anfiteatro, con admirables negatoscopios, para el examen y discusión de los casos que allí se presentan.

Convencido del valor de todas estas instalaciones ante el mundo científico, decía monseñor Théas, Obispo de Lourdes, al bendecir estos locales: "Vosotros los médicos, ponéis vuestra ciencia al servicio de vuestra fe; este completo y moderno material de diagnóstico permite estudiar mejor los hechos prodigiosos que nos dispensa la Santísima Virgen, comprobar las curaciones y publicar estas observaciones extraordinarias, de suerte que sean acogidas por el mundo científico sin discusión ni crítica posibles."

No queremos dejar de transcribir algunas de las hermosas palabras del profesor Leurret, en dicho acto: "Habéis querido, Excelencia, reorganizar en estos locales el Bureau Médicale, de tal suerte que los hechos prodigiosos que la Santísima Virgen nos dispensa, en su infinita misericordia, sean acogidos por el mundo científico sin discusión ni crítica posible; es el deseo de todos, y mi propio

deseo, poner la ciencia médica al servicio de nuestra fe, y tendremos más fuerza apologética y mayor aceptación entre nuestros compañeros incrédulos, si los documentos que salgan de nuestro Bureau Médicale, son los más rigurosos y objetivos posibles. Esa es la razón que os animó a darnos este bello local de examen y de trabajo; estad seguro que le utilizaremos ante todo, para la mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen María."

Abundando siempre en los mismos conceptos de seriedad absoluta y rigurosa sinceridad, el mismo Sr. Obispo, en carta al cuerpo médico con motivo del año nuevo de 1949, decía: "Por la gloria de la Santísima Virgen y el honor de la ciencia médica, deseo que los sabios ya muy numerosos adheridos a la Asociación Médica Internacional de Nuestra Señora de Lourdes, presten una colaboración científica muy eficaz: no tememos la luz, la reclamamos."

"¿Qué espera la Iglesia en Lourdes del cuerpo médico? La información sobre los extremos siguientes: 1.º, en caso determinado, ¿existía verdaderamente tal enfermedad? 2.º, ¿se puede confirmar una total curación? 3.º, esta curación ¿cabe explicarla naturalmente?"

No me corresponde a mí decirlo que científicamente requiere la respuesta a estas tres preguntas. Este es vuestro cometido; la Iglesia os pide hagáis un trabajo serio, sin reproche ante vuestra conciencia y que merezca por el rigor de los métodos y por vuestra competencia profesional el elogio de los sabios."

Tanto impresiona esta responsabilidad, en materia harto delicada, que en las observaciones y exámenes se procede con un rigor tal, que muchas veces ha sido duramente criticada esta severidad; se evita, sin embargo, de este modo, que llevados del entusiasmo, pudiesen ser aceptadas falsas curaciones, que, comprobadas, luego, más servirían de detrimento que de honor a la Santísima Virgen.

Prueba muy concluyente de la prudencia y severidad en la aceptación de los casos y la confirmación completa de las curaciones extraordinarias, nos lo manifiestan las siguientes cifras: en 1946, de 14 expedientes de curaciones, solamente 7 fueron estudiados al año siguiente y de éstos sólo tres casos fueron aceptados como curaciones extraordinarias. Los once restantes desechados.

De 35 expedientes de curación en 1947, 14 llegaron a estudio en el siguiente año, quedando en sólo seis confirmada la curación extraordinaria. Publicados y enviados éstos para su definitivo estudio y confirmación a la Comisión Médica Nacional, organismo superior, especie de tribunal supremo encargado de estudiar los "dossiers" (expedientes) de las curaciones, que, ya aprobadas, le manda el Bureau. Se halla constituida dicha Comisión por personalidades distinguidas en el campo de la medicina; entre los 15 que le forman se hallan el Decano de la Facultad de Medicina de Burdeos, el Director de la Escuela de Medicina de Nantes, Profesores de la Facultad de Medicina de Toulouse, y de Lille, Cirujanos de los Hospitales de París, el Presidente de la Sociedad Médica de San Lucas, etcétera, de competencia indiscutible todos ellos, que, reunidos en París y después de examinar bajo el aspecto médico, puramente, los documentos de los curados, si merecen la aprobación, los devuelven al Bureau de Lourdes, para que, así cribados, pueda el Bureau remitirlos a las Comisiones Canónicas Diocesanas. Éstas, como representantes de la Iglesia, son las facultadas para determinar si una determinada curación puede considerarse como milagrosa.

Los médicos y la medicina de Lourdes

Sin género alguno de duda, la medicina y los médicos se hallan íntimamente ligados a la historia de los acontecimientos de Lourdes. Han sido siempre los médicos los llamados a enjuiciar, a dar su opinión sobre los hechos que

allí se realizan. Éstos escapan absolutamente a las leyes conocidas, a las nociones adquiridas, a las deducciones que se pueden confirmar tras una rigurosa observación; no es de extrañar, pues, que ante la sorpresa de los acontecimientos, un movimiento colectivo de protesta fuese la reacción natural del cuerpo médico, cuando se halló ante la dura necesidad de reconocer la existencia de un poder capaz de producir lo que la medicina no puede realizar.

Así se explica que Lourdes haya tenido entre el cuerpo médico los más encarnizados e irreductibles enemigos; pero en honor a la verdad, su condición de hombres sinceros y habituados al examen y observación, sin presiones, ni falsos prejuicios, les ha convertido en los más entusiastas defensores al tener la dicha de descubrir la verdad.

La primera intervención médica oficial llevada a cabo por designación del prefecto de aquel Departamento, con motivo de los acontecimientos de Lourdes, fué la de los doctores Balancie, Lacrampe y Peyrus, eminentes psiquiatras, encargados del reconocimiento del estado mental de Bernardita. Su integridad científica y honorabilidad profesional les indujeron a declarar con valiente decisión y sin atender a interesadas presiones, la normalidad absoluta de la vidente.

El doctor Vergez, Profesor de la Facultad de Medicina de Montpellier, e Inspector de Aguas Termales, fué enviado en visita de inspección a la Gruta, esperándose mucho de su decisión para proceder en consecuencia. Grande debió de ser la sorpresa de quienes le enviaban cuando al iniciar su detallado informe pudieron leer: "Si me preguntáis qué he visto en Lourdes yo responderé: por el examen de los hechos auténticos, confirmados, realizados por encima del poder de la ciencia y del arte, yo he visto, he tocado la obra divina, ¡el milagro!"

El doctor Alexis Carrel, premio Nobel de Medicina, hombre de fama mundial, no duda un momento en afirmar lo siguiente: "Negar el milagro es una posición insostenible hoy día".

Nos refiere su impresión al llegar a Lourdes en el año 1902 como médico de la Peregrinación de Lyon. Con la enorme curiosidad de ver un milagro no deja un momento a los enfermos, a quienes estudia detenidamente y acompaña en la Gruta, en las Piscinas, en la Explanada para la Procesión con el Santísimo. Dedicada especialmente su atención al que se halla más grave, una enferma afecta de peritonitis tuberculosa, casi moribunda, con enorme viente, sudores agónicos, pulso inconstante e intermitente; junto a ella en la Gruta, ante sus ojos asombrados, se realiza el prodigio; la enferma va recobrando el color, la respiración se normaliza y el cobertor que había sobre su abultado vientre comienza a descender hasta el nivel normal; estupefacto, le toma el pulso que late regular y la enferma le manifiesta sentirse curada... curación que persiste y se confirma más tarde al ser llevada al Bureau. Regresa a Lyon, recobrada la salud perfecta, y sale del Hospital Santa Fe el 8 de agosto, después de tres años de permanencia en él antes de ir a Lourdes, para ingresar como novicia en las Hermanas de San Vicente de Paul.

A su regreso de Lourdes preparaba el doctor Carrel las oposiciones para ingresar como ayudante en la Facultad de Medicina de Lyon. Le presentan un niño de trece años, afecto de tuberculosis de la cadera con un voluminoso abceso en la fosa ilíaca que no respondía a los muchos tratamientos médicos y quirúrgicos que en él se habían empleado; ante la inutilidad de la terapéutica y la agravación del mal, Carrel aconsejó a la madre llevase el niño a Lourdes, recordando aquellas escenas que tanto inquietaban su espíritu; consejo que se puso en práctica sin vacilar.

Con motivo de un banquete en que se reunían los más ilustres profesores de aquella Facultad, Carrel refiere el caso, añadiendo que ante la imposibilidad de aconsejar re-

comendó le llevaran a Lourdes; cuyas palabras son recibidas con una carcajada general. Continuó Carrel serenamente, a pesar del ambiente de franca incredulidad: "Lo notable del caso es que esta mañana he visto al niño que ha regresado de Lourdes, y a pesar de las burlas de ustedes, lo hallé completamente curado. Lourdes ha hecho en un día lo que nuestra ciencia no pudo hacer en varios años; ved un caso que entra en la categoría de milagro". Ante la impresión que esta palabra produjo, afirmó Carrel que él solamente refería el hecho, sin explicar ni discutir nada.

No pudiendo ocultar su sectarismo, dijo a Carrel uno de los más acreditados Profesores de aquella Facultad: "Es inútil que usted insista; con esas ideas puedo asegurarle que jamás nuestra Facultad le recibirá entre sus miembros". "Marcharé en tal caso—repuso Carrel— a donde sea mejor recibido". Y dejando Lyon, fué en América Director del Instituto Rockefeller, hombre de fama mundial y cuya labor científica ha sido galardonada con el premio Nobel. ¡Así recompensa la Santísima Virgen a quienes defienden la verdad sin respetos humanos!

Un hombre eminente, Catedrático de la Facultad de Medicina de Lille, el doctor Ferón Vreau, dirigiéndose a los médicos y estudiantes que marchaban a Lourdes, para prestar allí sus servicios, les decía: "Al franquear la entrada del Bureau de Comprobaciones Médicas de Lourdes, saludaréis la estatua de nuestro patrón San Lucas, que la preside; seguid luego con dignidad a cumplir vuestra caritativa misión, sin rendir la bandera de la ciencia más que ante la verdad, pues la ciencia es de los hombres y la verdad es de Dios".

Contrasta con el sentir digno y de elevados tonos del Profesor de Lille, el proceder mezquino y ruin de otro también distinguido médico de la misma capital, que, cegado por su odio a Lourdes, llega a negar la veracidad de un certificado médico suscrito por él mismo; faltando, al falsear los hechos, a la más elemental seriedad y dignidad profesional. Nos refiere el caso el doctor Boisserie: "Llegó a Lourdes una enferma, procedente de Lille, afecta de muy grave tuberculosis pulmonar, según certificado médico extenso y detallado suscrito por su médico de cabecera, de reconocida fama en dicha población. Al salir del baño, en la piscina, la enferma se cree curada; reconocida en el Bureau por varios médicos, confirma evidentemente su curación. En vista de ello se telegrafía al médico de Lille, sin explicarle el hecho y preguntando qué enfermedad padece dicha enferma; telegráficamente contesta el doctor confirmando el diagnóstico: tuberculosis pulmonar grave, diagnóstico que habían confirmado varios otros médicos de la misma población. Al regresar la enferma y presentarse en la consulta del doctor, éste, admirado, después de reconocerla minuciosamente, exclama: "¿Qué ha hecho usted? Yo no encuentro nada". La contestación de la enferma es: "Fuí a Lourdes, y puesto que me halla curada, déme usted un certificado de mi curación". El médico reflexiona un instante y extiende un certificado en el que afirma que dicha enferma había sufrido un ligero catarro bronquial.

La prensa librepensadora aprovechó esta falsedad para levantar contra Lourdes y la Santísima Virgen una violentísima campaña. La razonada, correcta y sagaz defensa del doctor Boisserie, Presidente del Bureau, impresionó tan hondamente al sectario doctor, que se traslada a Lourdes y ocultando su nombre asiste a las sesiones del Bureau, examina a los curados y rendido ante las maravillas indiscutibles confiesa públicamente su falta y muy arrepentido se convierte en entusiasta admirador de Lourdes y ferviente devoto de la Santísima Virgen.

Son numerosísimos los testimonios de la clase médica en favor de Lourdes, pero como deseo no molestar más la delicada atención de ustedes me limitaré a citar la del

doctor Bernheim, Profesor de Psiquiatría, hombre increíble, que sin querer afirmar lo extraordinario de las curaciones de Lourdes, dice lo siguiente en su obra "Tratado de la Sugestión aplicado a la Terapéutica": "Dado que la comprobación de las curaciones auténticas de Lourdes, ha sido recogida con sinceridad y meticulosamente apurada por hombres honorables, el hecho existe...". No creo exacta su interpretación; para dicho autor, es la sugestión el único factor curativo que allá existe, argumento fácil de combatir ante la numerosa colección de niños curados, en los que no cabe, en manera alguna, el recurso a la sugestión, aparte de otros muchos factores que hacen caer por su base tales teorías.

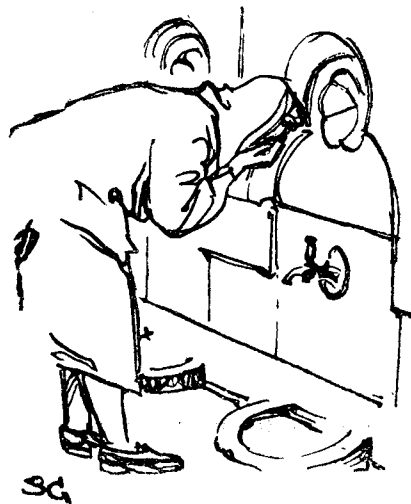
El doctor Fouchet, Cirujano Jefe del Sanatorio Calot de Berck, al visitar el Bureau exclama: "Desde su fundación el Bureau de Comprobaciones Médicas funciona con un rigor que jamás se ha doblegado; siendo una dichosa innovación el nuevo Bureau de Estudios Científicos, organismo científico de primer orden y, puede afirmarse, único en el mundo".

Se impone de tal suerte la causa de la verdad, que incluso en los medios oficiales la reacción favorable es manifiesta y si en 1912 rechaza la Facultad de Medicina de Lyon una tesis doctoral de la doctora Bon, muy documentada, "sobre algunas curaciones de Lourdes", por tratarse de una tesis de carácter religioso; unos años más tarde presenta su tesis el doctor Monnier, en la Facultad de Medicina de París, sobre la misma materia y es admitida, discutida y elogiada.

Finalizaremos estas notas con el siguiente caso, verdaderamente curioso: Hace no muchos años, un famoso médico inglés, el doctor Enrique Heod, llegó a Lourdes, pertrechado de gran instrumental para el examen de ojos, oídos, material para análisis y una magnífica cámara fotográfica; dudaba de la veracidad del Bureau y se proponía, con la libertad que le otorgaba su condición de protestante, interrogar y examinar detenidamente a los curados, ampliar las exploraciones y deshacer la patraña... Al marchar a Inglaterra, escribió al Presidente del Bureau agradeciéndole muchísimo las facilidades dadas para el reconocimiento de los enfermos, y afirmando que no había cuidado y escrupulosidad mayores en discutir y estudiar los casos de Lourdes.

DR. AGUSTÍN GARCÍA-DIE

Presidente para España de la Asociación
Médica Internacional de Nuestra Señora
de Lourdes



WERFEL

Y EL «CANTO A BERNADETTE»

La posición religiosa y como consecuencia, intelectual de Werfel, es de signo paradójico. Por una parte demuestra haber comprendido el drama de la Humanidad caída y haberlo asociado, explícitamente, a los principios de nuestra fe. Ha estudiado los libros sagrados y ha reconocido en el Dios de Israel al verdadero Dios, "fuera del Cual, no puede haber grandeza". Estas últimas palabras representan, en cierto modo, la tesis y la conclusión de su mejor obra: "Escuchad la voz". A lo largo de su producción literaria ha examinado el papel representado por su raza, papel de oposición a Cristo y a su mensaje de redención. Y sabe que esta oposición redundará, después de una polvareda de siglos, en la mayor gloria del Salvador. El misterio y el drama de las relaciones de Dios con la Humanidad asoman en muchos de sus poemas y novelas. "Escuchad la voz" es un gran fresco, en que, sobre el fondo de una maravillosa reconstrucción histórica, se desarrolla la tragedia-símbolo de Jeremías. Werfel se muestra en esta obra terriblemente consciente. Por debajo o al margen del inagotable aliento narrativo, de la inteligente renovación del género histórico, del poder vivificador de las descripciones y de la mágica precisión psicológica, aparece, con diamantina desnudez, el problema del hombre. Dios está presente en el gran juego de la Historia y aquellos que se apartan de Él no encuentran reposo ni verdadera grandeza.

Si por una parte, pues, Werfel ha dado pruebas de clarividencia, por otra, paradójicamente, ha querido mantenerse en la oposición, junto a sus hermanos de raza. Como si este judío austriaco hubiese creído tocar fondo en las aguas de la Historia y comprender lo que de él y de su pueblo exigía la gloria de Dios. Werfel escoge el instrumento que tiene por suyo, para no crear disonancias en plena sinfonía. Es inútil comentar la delirante soberbia intelectual de esta actitud, lindante con el absurdo.

Una posición semejante coloca en terreno falso a su mantenedor. Una vez conocida la verdad, no se puede añadir la propia voz al coro naturalista y pagano de una época. Pero si la verdad es conocida y no profesada, se incurre en una iusinceridad vergonzante, para la cual es necesario hallar una salida. Werfel no ha perdido ocasión de explicar la promesa que se hizo a sí mismo, en plena adolescencia, de defender al espíritu de los ataques continuos de nuestro siglo. De esta manera se erige en campeón de los valores espirituales dondequiera que se encuentren, en nuestra fe o fuera de ella, frente al indiferentismo o la aversión. Fórmula que él presenta como suficiente para explicar el profundo sentido de sus obras.

En el prólogo breve y denso de *El canto a Bernadette*, repite la fórmula; no pretende sino magnificar, "siempre y en todas partes", los misterios divinos, cumpliendo aquella promesa de cuando escribía sus primeros versos". Pero antes ha afirmado, literalmente, que no es católico, "sino judío". Que el libro sea fruto además, de otra promesa, hecha, no a sí mismo, sino a la Virgen de Lourdes, en circunstancias difíciles, no es óbice a sus afirmaciones. Agradecido a la Providencia que lo salvó, brinda a los católicos su maestría literaria, se la "presta" en cierto modo, y les ofrece un libro acabado, contundente, detrás del cual aparece la sonrisa del artista satisfecho de su obra.

El canto a Bernadette es el resultado de una larga experiencia de novelista. Tal vez lo más logrado de la obra sea la composición en el sentido que se da en pintura a esta palabra. El pequeño mundo provinciano de Lourdes, ciu-



dad obscura hasta las apariciones, es reconstruido con tenacidad, pieza por pieza, y ensamblado después dinámicamente. El cuadro cambia de continuo, los personajes se agitan a compás de los impulsos más diversos y este tejido moviente no se escapa jamás de las manos del autor. Con la ironía, un poco escéptica, de quien ha vivido mucho, Werfel horada las almas e inquiere sus auténticos motivos. El alcalde de la ciudad sueña con enriquecerse al ritmo del crecimiento de Lourdes; el poeta Lafitte busca relaciones literarias a las apariciones, con la deformación profesional del erudito; las autoridades policíacas ven solamente, en los milagros, una insólita alteración del orden público; todos viven desde su ángulo, casi siempre estrecho, infantilmente ambicioso, el desarrollo de los prodigios de Dios. En este sentido, la obra divina y la reacción humana crea un contraste, cuyo profundo significado es inútil remarcar. Incluso aquellos que dan crédito, en mayor o menor escala, a la joven santa, y hasta sus propios familiares, reducen la sobrenaturalidad a su propia pequeña medida. La tensión se mantiene a lo largo de casi toda la obra. El propio obispo de la diócesis, los sacerdotes, miran con un desvío inicial las presuntas maravillas de la extraña jovenita. Los hombres se resisten a la obra de Dios y la Señora aparecida aguarda sonriente, se limita a hacerse atrás cuando un hombre entra en la gruta y corta el aire a bastonazos. La Señora no necesita de nadie para imponerse. El propio emperador, Napoleón el Pequeño, en el apogeo de un poder que no presume siquiera los avatares de Sedán, es vencido rápidamente. Y por todo el gran retablo de Werfel, la voluntad divina se abre paso implacablemente, entre la pequeñez de alma, la indiferencia, la mala fe y la irrisoria humana.

Cierto que a veces, en atención al público, Werfel exagera, practicando una especie de pequeña demagogia. Se muestra cruel con todos aquellos que representan el materialismo, la mundanidad indiferente o combativa. Se



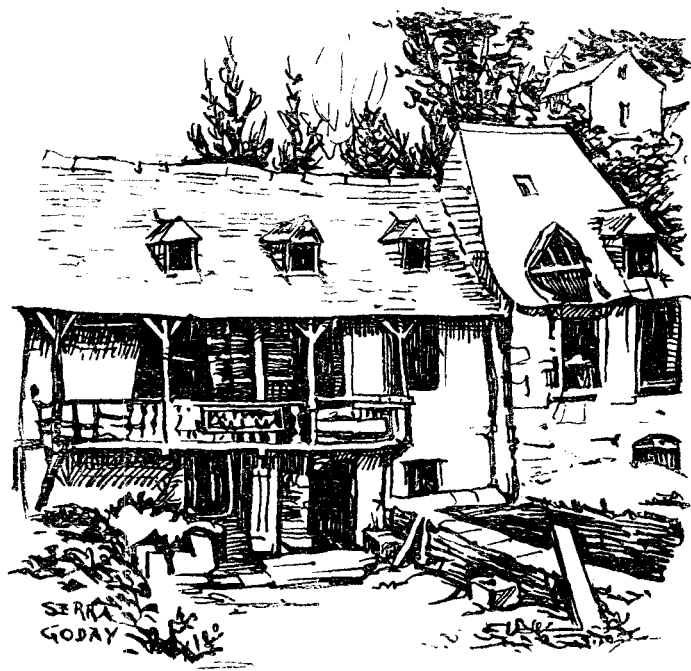
complace hundiéndolos en el ridículo y el fracaso; no les concede baza alguna y el lector llega a sorprenderse de que careciesen por completo de energía y hasta de ironía, de que fuesen incapaces de una buena respuesta o de reservarse, alguna vez, la última palabra. En realidad, aquí juega la experiencia del novelista que sabe ganarse a su público. Que analiza cáusticamente, el arquetipo de funcionario público, haciéndose eco de los resentimientos del hombre medio de cualquier país. Y sin embargo, si en esta redomada habilidad narrativa, contase algún elemento peyorativo, quedaría sobradamente compensado por el minucioso bordado de los detalles y el mosaico de delicadas miniaturas con que nos sorprende a cada paso.

Como en *Escuchad la voz*, Werfel se enfrenta en *El canto a Bernadette* con un ser humano que ha tenido comunicación milagrosa con lo sobrenatural. Y aunque no se esfuerza en dar cuenta de esta comunicación "desde dentro", como intentó con Jeremías, sino que se limita a describir las exterioridades, no puede decirse, sin embargo, que rehuya a su protagonista. Uno de los aspectos capitales de la obra es, sin duda, el estudio de la personalidad y la santidad de Bernadette. E incluso el esfuerzo por hallar un rasgo característico, que como la caridad en San Vicente de Paul o la mansedumbre en San Francisco de Sales, la sitúe de modo definitivo. Parece concebir la posición de Santa Bernadette como un "dejar hacer" a la gracia divina, una cooperación sumisa y total, pero indeliberada. El "yo quiero ser santo" no llega a formularse. Más tarde, trabajando su espíritu por la experiencia docente de una orden religiosa, añade una acerada voluntad a aquella "disposición para el bien", un poco pasiva, de los primeros años. De este modo el candor de un espíritu transparente, naturalmente poseído de pureza, habría atraído las gracias especiales de Dios. En los primeros tiempos hay algo de conmovedor en la aceptación de Ber-

nadette, que sugiere el recuerdo de Nuestra Madre Santísima y las maravillosas palabras del Angelus. Werfel insiste, por otra parte, en la irradiación de este espíritu diamantino y limpio, sobre los hombres y las mujeres del mundo. La experiencia de Santa Bernadette en los hospitales de guerra, contrastando con la abrupta ascesis de la madre Vauzous, le sirve de magnífico ejemplo. Más tarde, las pruebas de la enfermedad y de las tentaciones diabólicas, que ponen el alma a presión y la estrujan, completan una visión excepcionalmente aguda de un proceso de santidad. Este talento psicológico y hagiográfico, junto con la visión epopeyica (la novela es la única epopeya posible en nuestro tiempo, ha dicho Werfel) del forcejeo de los hombres con los designios de Dios, constituyen los dos temas principales de la sinfonía de Werfel. A la que no falta, por tanto, ambición ni grandeza.

Junto a estas dos paredes maestras de la construcción, abundan las bellezas parciales. Y también las incisiones profundas, cargadas de intención. La propia historia de Lafitte, personaje secundario, culmina en las últimas escenas, sobrecogedoras, de "El infierno de la carne" en que el dolor de los hombres sale a luz y da testimonio de las últimas y más terribles verdades. Lourdes y su milagro representan un camino, el único posible, no siempre para anular el dolor, pero sí, por lo menos, para darle un fin y un sentido. La última conclusión, tan auténtica y consoladora, termina para nosotros el libro y nos enfrenta de nuevo con la incógnita de su autor. Regresamos al prólogo: "...no siendo católico sino judío". Pensamos en toda la obra de Werfel, en su nacionalismo semita y en su profundidad germánica, en sus versos inquietos de primera juventud, en su gran novela, empapada de lecturas bíblicas, en su emocionada evocación de las tierras judías y no podemos abarcar la totalidad de sus razones. Queda en pie, testimonio de verdad, su obra sobre Lourdes.

B. G.



CINCO AÑOS DE VIDA EN LAS CATACUMBAS

El calvario de la Iglesia católica de rito oriental de Rumania

La semana dedicada al Oriente Cristiano nos invitó a recordar en estos días, de una manera especial, sea a las cristiandades orientales que en tiempos remotos — muchas veces por vicisitudes históricas y por motivos puramente humanos — se vieron desprendidas del tronco de la Sede Apostólica de Roma, sea a los católicos de rito oriental que se encuentran detrás del telón de acero y que están sometidos ahora a la más tremenda persecución. Y precisamente, hace pocos días se cumplían cinco años desde que la Iglesia católica de rito oriental de Rumania fué suprimida oficialmente por el gobierno comunista de Bucarest. Aquel acto venía a completar la última fase de una persecución atroz, que el "Osservatore Romano" ha definido: "Una de las más tremendas persecuciones que se han desencadenado jamás contra la Iglesia de Cristo". En efecto, cuando se hizo público el Decreto de supresión en el mes de diciembre del año 1948, todos los obispos se encontraban ya en la cárcel; más de 1.500 sacerdotes detenidos o dispersos y perseguidos sin tregua por la policía comunista; todos los monasterios devastados por el furor rojo: los religiosos y las religiosas detenidos, encerrados en campos de concentración o errantes; los templos, ocupados por los comunistas; los seminarios, las escuelas y los colegios católicos, secuestrados; la prensa católica, suprimida; los bienes de las instituciones benéficas, de los hospitales, de las parroquias, incautados por el gobierno; y lo que es más triste aún, los fieles de esta Iglesia, sin templos y sin sacerdotes, aterrorizados por las autoridades gubernativas a fin de forzarles a que renunciaran a su fe y rompieran cualquier contacto con la Iglesia de Roma, considerada como aliada del capitalismo y enemiga de las "realizaciones socialistas".

Esta persecución fué tan cruel que en pocos meses destruyó y deshizo totalmente la entera organización de la Iglesia católica de rito oriental, aniquilando todo lo que representaba su actividad cultural, espiritual, educativa, social y asistencial. Sobre todos los sectores de su múltiple actividad, el rodillo de la implacable furia comunista pasó con brutalidad suma. Y cuando todo ha sido aplastado según un plan diabólico, al final del año 1948, el gobierno rojo decidió negarle también la existencia legal, colocando así, bajo la censura de una ley inicua, a una población entera, laboriosa y pacífica, la cual, después de haber perdido la libertad nacional, anhelaba conservar por lo menos su libertad espiritual.

Desde aquella triste fecha, la Iglesia católica de rito oriental está viviendo su atormentada vida de catacumbas. A pesar de todo esto, no parece que su tragedia haya despertado en el mundo libre una resonancia proporcionada a su indescriptible monstruosidad. Los ecos de este largo y silencioso calvario han llegado y están llegando a los oídos del Occidente de manera fragmentaria y casi borrada. El mismo Cardenal Tisserant, Secretario de la Sagrada Congregación Oriental, escribía hace poco: "A pesar de que el Santo Padre haya mostrado, en dos solemnes Documentos Pontificios, a la admiración del mundo civil el martirio de la Iglesia de Rumania, la opinión pública no está muy informada de lo que ha pasado y de lo que está pasando en Rumania, donde los enemigos de Dios han destruído el organismo exterior de una Iglesia floreciente, reduciéndola al silencio de las catacumbas modernas". Y esto será quizás porque en Rumania, contra los

prelados de rito oriental, no hubo procesos espectaculares capaces de atraer la curiosidad de la prensa occidental. Ninguno de los obispos de la Iglesia de rito oriental fué procesado. Fueron simplemente detenidos y encarcelados. Al presente nadie sabe ni dónde se encuentran, ni si alguno de ellos está todavía con vida o si han fallecido todos. Pensando especialmente en ellos, en tantos heroicos sacerdotes que siguieron su ejemplo, y en todos los fieles del pueblo rumano sometido a una dura opresión, el Santo Padre escribía en la Carta Apostólica de 27 de marzo de 1952: Para Nosotros y para todos "los que pueden conocer la verdad y oír libremente su voz, *vosotros parecéis resucitar los fastos de la Iglesia primitiva*. Nosotros que conservamos hacia vuestro pueblo los sentimientos más paternos y abrigamos con particular cariño a los que "padecen persecución por la Justicia" (Mat., 5, 10), *queremos besar las cadenas* de los que, injustamente encarcelados, lloran y sufren por los ataques contra la religión, por la ruina de las instituciones sagradas, por la salvación eterna de su pueblo en peligro, más que por sus propios sufrimientos y por su libertad perdida".

Pocas veces, no obstante, la prensa occidental recuerda los nombres de estos intrépidos defensores y confesores de la fe en Cristo. No es muy conocido, por ejemplo, el nombre del obispo Basilio Aftenie, obispo auxiliar de Bucarest, primer mártir de la Iglesia rumana, fallecido el día 10 de mayo de 1950, a causa de las torturas sufridas en las cárceles de Bucarest. Tampoco es muy conocido el nombre del joven Administrador Apostólico de la Archidiócesis de Blaj, doctor Juan Suciú, extraordinaria figura de obispo, que animó con su palabra y con su actitud inflexible la resistencia de los rumanos católicos y no católicos frente al terror rojo, y cuyas cartas escritas durante la persecución suenan como un eco auténtico de las más impresionantes *Acta Martyrum* de los primeros tiempos del cristianismo. Él es quien escribió estas conmovedoras palabras, pocos días antes de su detención: "Ya ha llegado la hora del heroísmo cristiano sobre la tierra rumana. Para la Iglesia rumana esta es la hora del Viernes Santo. Ahora, queridos hermanos e hijos, demostraremos si somos de Cristo o si nos unimos a Judas el Traidor. Ahora Nuestro Señor nos ofrece la ocasión de ser partícipes de su sufrimiento por su Iglesia. Bienaventurados seréis cuando os maldigan por el nombre de Jesús y por su Santa Iglesia. Luchemos firmes en la fe, con oraciones y ayunos, y si nos confiscan las iglesias, transformaremos cada una de nuestras casas en iglesias, esperando llenos de anhelo la salvación que no tardará en llegar. ¡Los hombres son capaces de sufrir por tantas cosas sin importancia! ¿Y no habrá, tal vez, nadie que por Dios sea capaz de sufrir tortura y muerte? Tenemos que demostrar ahora que no somos un pueblo de cobardes; tenemos que ser, y ahora más que nunca, partícipes de los sufrimientos de Nuestro Señor para que así seamos dignos de tomar parte en su resurrección... En este momento los ojos de la Historia se han fijado sobre nosotros. La Providencia nos ofrece una ocasión única de heroísmo, de santidad, de confesión de nuestras convicciones cristianas. ¡No neguemos a Dios y a la Patria esta gloria santa!"

No menores pruebas de valor dieron también los otros obispos de la Iglesia católica de rito oriental, Valerio Traian Frentiu, Julio Hossu, Alejandro Russu y Juan Ba-

lan, detenidos todos en la noche del 28 de octubre del año 1948. Dos años después fueron detenidos también todos los obispos católicos de rito latino. El Arzobispo de Bucarest, Alejandro CISAR, murió hace pocos días en la cárcel.

Cuando se inició la persecución contra la Iglesia católica de rito oriental, persecución que fué presentada por el gobierno rojo simplemente como un "retorno de los católicos rumanos a la Iglesia nacional-ortodoxa", la prensa comunista expresó su entusiasmo por el hecho de que la "vergüenza de la unión con la Iglesia de Roma sea definitivamente borrada" y que el "yugo de la opresión papal" sea por siempre alejado. Creían entonces los comunistas que la violencia podía acabar de una vez para siempre con los sentimientos de fidelidad hacia la Sede Apostólica de Roma. Mas, a pesar de las amenazas, de los malos tratos, de los arrestos, de las torturas y de las deportaciones para arrancar de las almas de la población rumana su férvida adhesión a la Iglesia de Roma, el gobierno comunista, al cabo de cinco años de terror, tiene que reconocer su fracaso. Por eso consideró necesario que el Patriarca rojo, Justinian Marina, hiciera varias *visitas con carácter misionero* para "tranquilizar las conciencias" y convencer a los "rebeldes" de que no debían esperar nada de Roma; por eso tuvo que dar varios decretos contra los "sacerdotes vagabundos" que celebran la santa Misa y administran los Santos Sacramentos clandestinamente; por eso tuvo que decretar duras penas para los que les escondían y les ayudaban en su duro y peligroso trabajo. Por eso también el Ministro de los Cultos tuvo que lamentarse en diversos discursos de la simpatía y de los sentimientos floecatólicos de muchos intelectuales ortodoxos.

La verdad es que los católicos rumanos se sintieron fortalecidos en su resistencia contra los perseguidores por la solidaridad y la generosa ayuda de sus hermanos ortodoxos, los cuales —mientras el episcopado ortodoxo está casi completamente sometido al Estado— han resistido y resisten heroicamente a la opresión comunista. A pesar de la separación, los católicos y los ortodoxos resisten, juntos, al invasor comunista decidido a borrar hasta las últimas huellas de cultura y de tradición cristiana en Rumania. Es innegable, además, que la persecución de los católicos ha suscitado entre los hermanos ortodoxos una oleada de profunda simpatía y admiración y un fuerte movimiento de acercamiento a la Iglesia católica. Lo que no pudo hacer la polémica, lo que no lograron las discusiones entre católicos rumanos y ortodoxos, lo realizó, al contrario, *la persecución*. Nunca fué tan deseada la reunión con la Iglesia de Roma como lo es ahora, bajo la persecución, en Rumania. Este resultado no había sido, ciertamente, previsto por los comunistas.

El movimiento de los rumanos ortodoxos hacia la Iglesia católica permite pensar que acaso en los altos designios de Dios, la inaudita violencia y duración de tan terrible prueba es permitida para sacudir, a modo de conmovión geológica, las murallas (consolidadas por los siglos) de la separación religiosa. Mas, aun suponiendo que llegue el día jubiloso de la Unidad católica en nuestra Patria Rumana, nos preguntamos angustiados: ¿Habrá operarios suficientes y *aptos* para reconstruir el edificio espiritual de esta Unidad? Y aún... ¿llegará a tiempo la liberación? ¿Llegará, es decir, antes del agotamiento total, físico y moral, de una nación oprimida como ninguna otra?

P. ALEJANDRO MIRCEA, *Pbro.*

Director de la Misión católica rumana en España

UNA ACLARACION OBLIGADA

Insertamos a continuación una carta que se nos ha dirigido a propósito de la publicación del artículo comentando el libro sobre «Juana la Loca», de Michael Prawdin, aparecido en CRISTIANDAD, núm. 236 (15 enero 1954).

Siempre están abiertas nuestras columnas a quienes quieran opinar sobre temas publicados en la revista y en ese sentido no haríamos sino cumplir con la norma general.

Pero en este caso particular lo hacemos con doble motivo, pues, por nuestra parte, gustosos deseamos aclarar o ampliar el sentido de las líneas de presentación que precedían a dicho artículo.

Primeramente, en el sentido de que realmente estimamos el libro criticado no ya como uno de tantos, sino como uno singularmente atrevido e insidioso, que sin base alguna ni prueba fundada, ataca a España y a tan preclaros personajes de su época más gloriosa.

Y, en segundo lugar, para destacar, como en justicia co-

rrponde, la personalidad de nuestro articulista el Excelentísimo Sr. don José María de Doussinague. Ciertamente, como prestigioso diplomático desempeña en estos momentos el cargo de Embajador de España en Santiago de Chile, y, antes, los de Director de la Escuela Diplomática y otros también importantes; pero no es eso sólo, es que, además, tiene una personalidad propia, tanto o más eminente, como erudito historiador. Pocas personas han profundizado tanto y con tan certera visión en esa época de nuestra historia como el señor Doussinague; la sola enunciación de algunas de sus magistrales obras, tales como «La política internacional de Fernando el Católico», «Un proceso por envenenamiento (La muerte de Felipe el Hermoso)», «Fernando el Católico y Germana de Foix», «Fernando el Católico y el Cisma de Pisa», «El testamento político de Fernando el Católico», etc., basta para demostrar cuando afirmamos. Por todo ello gustosos rectificamos.

FERNANDO SERRANO. — *Director*

Barcelona, 18 de febrero de 1954.

Señor Director de CRISTIANDAD.

Distinguido señor:

Acabo de leer el interesantísimo artículo publicado en su revista sobre el libro "Juana la Loca", de Michael Prawdin, firmado por José María Doussinague.

Yo había leído la obra en cuestión y me indignó. Y tal vez sentí más la indignación por el hecho de no tener ni siquiera los datos necesarios para refutar toda aquella serie de calumnias escandalosas contra personas de nuestra Historia tenidas siempre por muy honestas y meritorias. Yo presentía la falsedad de todo aquello que, por otra parte, no aparecía basado en ningún documento o cita; sin embargo, no podía hacer otra cosa que sentirlo muy profundamente. Por eso, la publicación del aludido artículo he de confesar que me llenó de alegría. Doy las gracias al señor Doussinague y a usted.

Háme extrañado, sin embargo, que tratándose de tal persona (que según creo es nuestro Embajador en Chile), no se hayan hecho resaltar en la introducción sus méritos que tanta fuerza hubieran dado al artículo, y que sin duda hubieran impresionado a los lectores.

He visto en las librerías las obras de don José María Doussinague sobre esa época, y por las noticias que tengo de personas entendidas, es investigador de mucho mérito; de lo cual deduzco que la reputación de tal libelo es definitiva; y que, por consiguiente, se ha repuesto desde las páginas de CRISTIANDAD la honra del Cardenal Cisneros, de los Reyes Católicos, de Carlos V, y de toda la España de aquellos tiempos; todo ello, a mi humilde entender, muy digno de ser recalado por la Redacción.

Por lo demás, acepte mi sincero reconocimiento por la fructífera labor que su Revista realiza, y a cuyas ideas me adhiero de todo corazón.

UN ASIDUO LECTOR



Las diabluras del Teatro de Cámara

Los padres terribles.— Hay que pararles los pies a esos jóvenes y esas jovencitas, que han confundido el arte con un montón de basura. En *Los padres terribles*— que se nos antoja una traducción del francés dotada de un encantador analfabetismo filológico— hay muchas cosas, muchos aspectos: como aquel montón de ropa sucia que nos fastidia y llega a intranquilizarnos, un montón de ropa sucia en medio del cuarto de uno de los protagonistas. Este desorden, y esta repelencia física nos parecen el símbolo de una absoluta impudicia moral.

Si esta obra, que nos han querido brindar como una alhaja, pudiera considerarse simplemente como inmoral, sería lamentable. Pero hay algo más imperdonable, infinitamente repulsivo: una ofensa al decoro de nuestra sociedad.

Representaciones como ésta no se conciben más que en un ambiente de corrupción ilimitada.

Y, si creen que exagero, vayamos al grano. El grano: histerismo elevado a la categoría de arte teatral (claro que con resultados absolutamente chatos). Histerismo, neurastenia, complejos sexuales... Y el fantasma del incesto, como una sombra amenazadora, temblando delante de nosotros.

No me aduzcan, por favor, el ejemplo de Edipo. En primer lugar, Edipo se destinaba a un público precristiano. Por lo demás, la tragedia griega condenaba durísimamente el pecado hasta convertirlo en una maldición sobre los hombros de quien lo había cometido sin conciencia.

Barcelona no tenía ninguna necesidad. El público barcelonés no tiene la más mínima necesidad de contemplar estas escenas intranquilizadoras, para poder considerarse culto. Esta familia, que es una verdadera tormenta y una inquietud espantosa de pesadilla: como si de pronto en un escenario se agolpase todo el delirio de la perversidad estética y moral.

Sentiría ofenderles; pero hay hechos concretos sobre los cuales puedo fundamentar mi indignación. Esto es un revoltijo de pasiones inconfesables.

Uno de los personajes dice que aquella casa es un *carromato de feria*. Pues bien: en este carromato viajan una mujer enamorada del marido de su hermana, el marido, que es un infeliz— pero también tiene sus caprichos innobles—, la madre enamorada (no precisamente con el amor que ha ordenado Dios) de su propio hijo.

¡Delito en la isla de las cabras!— Y he aquí que, dos días después, la misma Compañía de Teatro de Cámara nos brinda el *Delito en la isla de las cabras* de Hugo Betti. Rafael Richard y Antonio de Cabo nos invitan a juzgar la obra desde el prisma puramente literario. “*Nuestra misión, lo repetimos una vez más, es mostrar las obras más importantes del teatro actual. No hemos pretendido nunca defender doctrinas extrañas a la tradición y cristiana concepción de la vida de nuestro pueblo.*”

Hacen bien buscando una tapa para su cazuela. Sin embargo, no nos van a engañar. Es sumamente curioso que de la Literatura actual— en que frente a una literatura pesimista y amoral se desarrolla un movimiento que exalta el Cristianismo— este Teatro de Cámara sólo elija lo que está en disconformidad con nuestra concepción del mundo y de la vida. Y en una conformidad plena con la concepción marxista.

Si el ideal de hombre ha de realizarse en personajes, movidos por instintos primarios, como los de esta *Isla de las cabras*, lógicamente y en justicia, hay que abrir el camino a la concepción política marxista que es la organización que corresponde a esta humanidad.

A una humanidad— material, al hombre— instinto físico, corresponde una organización socialista que provea y satisfaga a todos los apetitos carnales de este hombre-animal.

De nada le aprovechará al mundo actual luchar contra las consecuencias, si tolera el desarrollo y el crecimiento de las causas. De nada nos servirá, a nosotros, españoles, habernos librado, con el heroísmo de los

mejores, del Marxismo, si nos inclinamos en adoración— con el fetichismo de la cultura— ante un arte amoral y materialista.

Nos inquieta la sensación— ante obras como esta de Hugo Betti— de que en el fondo de todas las acciones humanas está la materia. Es como un humo turbador que apartamos con repugnancia, como una pesadilla negra que nos intranquiliza...

Afortunadamente, hay la gran realidad por encima de esta concepción. Y la fuente de la gran tragedia, de la gran poesía dramática, está todavía en el hombre espiritual, capaz de independizarse de la esclavitud lodosa de lo infrahumano, y alzarse a las mayores alturas espirituales.

Respiraremos ampliamente el día que nuestros pequeños sectores de Cámara comprendan la belleza de obras como el *San Francisco* de Henri Ghéon, o se percaten de que existen mundos maravillosos que ellos desconocen, y que constituirían una revelación para el público actual, como los *Misterios* franceses medievales.

Arte sacro y arte deformador.— He registrado, en otra ocasión, la raíz satánica de la deformación de la realidad de una zona de nuestros artistas modernos. Pero esta deformación cobra especial malicia cuando se juega, no ya con objetos indiferentes de la realidad, sino con las personas sacras: con Nuestra Señora, con los santos, con Jesucristo...

La ignorancia— o el olvido— de las normas de la Encíclica sobre la “*Sagrada Liturgia*” de 20 de noviembre de 1947, por parte de algunas zonas del catolicismo contemporáneo, ha suscitado al Cardenal Celso Constantini un vibrante artículo publicado en la revista “*Fe y Arte*” de la Pontificia Comisión para el Arte Sacro en Italia.

“*Asistimos — escribe — desgraciadamente a una nueva ofensiva anticatólica con la deformación y la depravación de los temas propuestos a la veneración de los fieles.*” El Cardenal Constantini cree que se intenta ridiculizar el culto católico, y afirma: “*No hay que maravillarse si el Comunismo echa mano de sus armas aun en el campo del arte y si tienta profanar y volver ridícula y repugnante la iconografía católica. El corifeo del arte deformadora es Picasso, un comunista. Picasso querría pintar una capilla, como ha hecho Matisse, en Vence; pero una capilla profanada, en la cual el altar cristiano hubiera sido sustituido por un ara de inspiración comunista.*”

Por lo demás, el Purpurado no es menos severo con la “*pacotilla industrial*”, que infesta tantos templos.

S. F.

El canto personal de Panero y una poesía de planetas habitados

Creo en el misterio poético. Y en la maravilla de su multiforme aparición. Lo que se me antoja inimaginable no es que la poesía esté en esto o en aquello, en aquel poema o en aquella estrofa, en uno o en otro creador, sino el hecho de que tiemble, a la vez, en innumerables cantos y en infinitos lugares.

Quizá nunca como en lo poético el partidismo es tan falso. De la poesía aséptica — esteticismo de la sensibilidad — al poema denso de alborozo o de dolor humano, hay una larga gradación de matices. Pero en cada uno, y en todos, la misma presencia: la poesía.

Claro que esto nos llevaría a comentar las doctrinas de Brémond. Ahora no viene al caso. Tengo tres libros de poesía sobre mi mesa. Tres libros poéticos que he paladeado con gozo y atención. Sus autores han sido galardonados recientemente con premios literarios. Si no — todos — por esas obras, por otras todavía inéditas. Uno de ellos es Leopoldo Panero, y la obra su *Canto Personal* (1). Otro, un poeta catalán: Félix Cucurull. Su obra: *Els altres móns* (2). El tercero, Jaime Ferrán, Premio de la Ciudad de Barcelona por sus inéditos "*Poemas del viajero*". Pero el libro es otro: *Desde esta orilla* (3).

Tanto el librito de Ferrán, como el poema, lleno de anhelo, de insatisfacción y angustia, de Félix Cucurull, responden a una misma posición ante la realidad: no ante la poesía. Hay dos orillas y hay dos mundos. Y el alma busca desde la orilla en que habita y desde el mundo que le ha tocado en suerte. O busca un más allá, y se desasosiega intranquila ante lo que tiene. Si el segundo crea otra realidad, otra vida, como un Paraíso inédito barruntado en el ensueño; el primero busca infatigablemente a Dios a través de la tierra.

Una actitud inquieta y atormentada. De esperanza y angustia. Muy de un amplio sector de poetas de nuestra hora. No valoro ahora méritos literarios. Señalo zonas vitales: actitudes ante el problema de la vida. O mejor: el empeño de convertir la vida — que para un poeta optimista puede convertirse en algo tan indeciblemente sencillo — en un verdadero problema.

Parece que esté huyendo de nuestro

(1) Leopoldo Panero: *Canto Personal*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1953.

(2) Félix Cucurull: *Els altres móns*. Torrell de Reus. Barcelona, 1952.

(3) Jaime Ferrán: *Desde esta orilla*. Adonais. Madrid, 1953.

mundo entristecido la poesía como presencia y afirmación del ideal. La que cree en los valores altamente humanos de la vida: la que sabe que el heroísmo, la abnegación, la fidelidad y la fe son todavía cumbres luminosas que tientan a los hombres de corazón.

Muchos se desalientan ante la alta grandeza de esas cumbres. Y prefieren cerrar los ojos, y anunciar su muerte. El ideal religioso es substituido por la angustia o por el humor ácido. Y en el mejor de los casos, se nos anuncia que el Patriotismo ha dejado de ser una virtud cristiana.

Si no tuviera otro valor que el de afirmación de ideales que impulsan la generosidad humana, bastaría para exultar ante la aparición de este *Canto Personal* de Leopoldo Panero. He aquí una poesía, llena de una savia fresca y joven, que todavía es — en intensidad y plenitud — una afirmación. Una poesía llena de brío, temblorosa de novedad, que cree en la Fe, en el entusiasmo, en la Historia...

"Lo que canta Panero — lo que halla en su canto, observa Dionisio Ridruejo, es un pueblo de pobres a quienes sólo les queda la persona, pero que en la persona quieren levantarse, y se levantan, hasta Dios." La afirmación poética de Panero es una réplica — animosa, estremecida — a una negación, una amplia y obscura negación poética, un ataque violento, brutal, contra España. Frente al *Canto General*, del poeta comunista Pablo Neruda, que es el canto de la masa despersonalizada que se pone en contacto con su tierra con el anhelo de fundirse en una indiferenciación casi vegetal, está el *Canto Personal* de Panero, que es el canto del hombre, de cada hombre, de cada persona humana, de este Leopoldo Panero que se pone en pie — y en tensión poética — ante la Historia, ante la Patria y ante Dios.

Un poema cristiano, en que la vida se expresa con un sí, ante un poema comunista, mojado en las grandes charcas del materialismo.

Panero, influido con seguridad por la poesía germánica, es un poeta de honduras metafísicas. Pensamos en aquella definición de Brunetiere: *Poesía es una metafísica expresada en imágenes*. Y pensamos en ella porque se ciñe, como el guante a la mano, a la verdad de la poesía de Panero.

Quisiera ahora proponer una distinción, una matización — una aventura crítica —. Se me ha antojado plantearme una cuestión — que puede

ser ociosa (quizá esté perdiendo el tiempo) —. Pero no he podido menos de preguntarme: *¿Cómo hubiera sido, qué valores poéticos nos brindaría un Canto Personal no escrito en tercetos?*

El *Canto Personal* no ha querido ser una obra de innovación, una experiencia. Es, más bien, una obra de amplia calidad clásica. Pero hay una savia íntima que da valor de obra clásica a un poema, independiente en absoluto de la métrica empleada. Quizá alguno crea que *Canto Personal* es una obra clásica por sostenerse en una larguísima cadena de tercetos. Yo, por mi parte, creo que el *Canto* de Leopoldo Panero es clásico — y valiosísimo —, a pesar de estar escrito — todo él — en tercetos.

Creo que la insistencia del terceto — no ataco en nombre de modas literarias — es la gran tragedia y el gran obstáculo a la marcha luminosa de este poema. Es posible que su creador haya elegido esta métrica como la más adecuada al tema; pero no basta: hay que buscar la más adecuada al alma poética del escritor.

La inquietud metafísica de Leopoldo Panero se envuelve, con frecuencia, en el galopar de los versos, en inoportuno conceptismo. Hay un juego de conceptos, un barroquismo en las ideas, que no nace de la fuente fresca de su poesía: le brota de las manos, entre verso y verso, le nace en la tarea terca, en el empeño, de construir sus estrofas.

He dicho que esto no pasaba de un matiz — o de una aventura —. Si, en conjunto, el poema de Panero ofrece sus altibajos, quedan sobradamente compensados con las alturas poéticas inimitables que nos brindan. Con la fuerte intensidad de los sentimientos, con el impulso y la emoción, con el saber poético. Ya se exprese en contrastes de rara potencia, como cuando dice:

El duro puño del me da la gana " se junta a la ternura; y la violencia de España es una alondra de besana.

o cuando habla de

Trigos apedrados de inclemencia por tu helada palabra minuciosa (que no hace ningún daño a la conciencia)

y continúa:

nos da la gana en fundación de rosa y toda España es nueva (y más bonita) desde que tú te fuiste, y a otra cosa.

En estos tres tercetos aparece con claridad uno de los rasgos que ennoblecen esta obra poética. Realismo e idealismo en juego de contrastes. *La violencia de España* — expresión realista —. *Es una alondra de besana* — idealismo —. Realismo e idealismo fundidos. Como en este *Nos da la gana*

en fundación de rosa, cuyo encanto literario no está en la rudeza del *nos da la gana*, ni tan siquiera en esta fundación de rosa, sino en su contraste, en su fusión.

Claro que con frecuencia los valores realistas e idealistas aparecen separados, independientes, creando el amplio contraste del poema. En esa duplicidad mágica, Panero está ahincado profundamente en la substancia vital de la tradición literaria española. (No sólo castellana: no olvidemos Ausias March, Joanot Martorell o Jaume Roig.)

Como los grandes poetas del Barroco, ama el ilusionismo y la verdad. Alcanza insuperable gracia ideal, de sensibilidad, de imagen:

Su corazón (sellado) cae nevando
en el nuestro, que muere y resucita,
como pie que pelagra en copo blanco.

Junto a la sensación de la blancura,
el color verde:

Se palpaba en el aire verdeante
la presencia en clamor de un alma muda...

Y estos aspectos de poesía infinitamente delicada:

¿Dónde pisa el jilguero que anda quieto?

Pero en él caben los matices más dispares. Y después de este angelismo, escribe con una llaneza que, de no estar preñada de violencia y fuego, se nos antojaría sólo prosa:

No hay dos, ni tres, ni cuatro: hay una clase de hombres: el de verdad; aunque en contiendo hermano con hermano el suelo arrase. [da
Es tu exacta mentira tan tremenda,
tan brumosa, injuriosa, venenosa,
que arrancarte la lengua es poca enmienda...

La poesía no está ya en la elaboración de sensaciones delicadas, sino en la valentía, en la apresurada andadura del ímpetu. A las veces, en la crudeza naturalista:

Canté a Vallejo, indiocristiano viejo:
tan pegado a su alma el cuero enjuto
que era su piel irradiación de espejo.
Con su mentón punzante y resolutivo
mascaba el hambre; y se murió de ella
(un jueves de aguacero) en absoluto.
Comunista (en dolor) lavó su huella
callejeando la miseria: el hueco
de la hormiga, del pan, de la botella...

El realismo de Panero abarca desde la sencilla realidad cotidiana a la expresión de la verdad histórica:

Mi voz se empapa dolorosamente
de Martí a José Antonio...
Martí es el José Antonio a tiempo hecho
(igual que un manantial que Dios alumbró),
y Cuba en Zaragoza tuvo techo.

Y es que, a pesar de los reparos que se hagan al poema, la poesía de Panero tiene un amplio e inmenso sentido de integración, de totalidad. Y de la misma manera que sabe inte-

grar el ilusionismo de las imágenes y las sensaciones — empujado hacia el ideal — con la realidad y la aspereza, integra la afirmación de la personalidad con la anchura de la Historia. Panero es un hombre, una persona humana que se afirma históricamente. Lo mismo cuando vuelve la vista hacia atrás, y canta:

Somos aquellos mismos: los cachorros
de antesdeayer, los hechos de leona;
con medula de alondra azul a chorros.
Arboles que la tierra relaciona,
jinetes somos de montar a pelo
la vida; y cabalgar nos emociona...

Y afirma, en seguida, individualizando su canto:

Mi voluntad es una con mi anhelo,
y mi lucha de clases Dios la gana...

que cuando evoca la Historia en las
cimas de los Andes:

Recuerdo que en Colombia hay una espada
enterrada en un pico, en nieve pura,
con trote y esqueleto de nevada.
Recuerdo en vaharada, cada grieta
andina, cada nítido barranco,
bajo las alas, con la vista quieta.
Recuerdo, cresta a cresta, el mundo blanco,
golpeado por el cóndor; y parece
que el corazón despacio me lo arranco.

(Siempre la emoción histórica entrañada en la íntima vivencia personal.)

Este sentido de la Historia no se agota en la evocación de lo pretérito. Sabe hallar el zumo histórico de la actualidad. El latido vivo de la hora:

Que es precisa otra acción es evidente;
que es precisa en la historia, que es precisa
lo sabe, en su horno mismo, el pan caliente.
La voz de José Antonio nos avisa,
(a través del amor: en doloroso
pensamiento de amor) que corre prisa.

Más no a través del odio se hace hermoso
el porvenir: y el agua, en los veneros,
traduce la nevada en virgen poso.

La creación de un Paraíso y la búsqueda de Dios. — He hablado, al comenzar este artículo, de tres libros de poesía. Y quizá alguno haya sospechado que me aprovechaba del profundo interés que brinda el poema de Panero para despachar de un par de plumazos dos compromisos de comentar. No hay nada, en realidad, de compromisos de comentario, ni de trato indiferente o despectivo. Trato que no merece una obra tan hondamente poética como *Els altres móns* de Félix Cucurull. Ésta chocará, a no dudar con una sensibilidad esteticista: quien busque en la poesía el desnudo aleteo poético sin densidad humana, sin pensamiento, dejará caer el libro de las manos. Pero por algo he dicho que la poesía tiene innumerables matices. Esto que nos brinda Cucurull no es una novedad, a pesar de lo inmensamente nuevo de su canto.

Poesía metafísica. Un estilo de crear poesía con los enigmas de la vida sentidos con el corazón. Como hacían su poesía un Hölderlin o un Novalis. Me vienen a la boca los nombres de estos dos poetas románticos. Y es que este concebir la poesía como una metafísica que se piensa — no sólo con el cerebro —: una metafísica que se piensa con todo el ser, es algo muy romántico. En este sentido, Cucurull enlaza con lo más auténtico de aquella poesía. Y se centra en las tendencias actuales que hacen temblar en el corazón del canto la angustia y la pregunta de la vida. Pero, si en muchos esa pregunta se convierte en desesperación, en él cuaja en luz, en claridad, en esperanza...

La anécdota poética es la eterna anécdota del Paraíso perdido. Eso sí: centrado en nuestro tiempo. Porque es muy de nuestro tiempo plantearse el problema de mundos habitados. (Sin llegar a proponerse un viaje interplanetario.) Esto de los planetas con moradores sería tremendamente vulgar, si no fuera un pretexto y una metáfora. Una manera — vivamente novedosa — de añorar el Paraíso original, y anhelar su recobro.

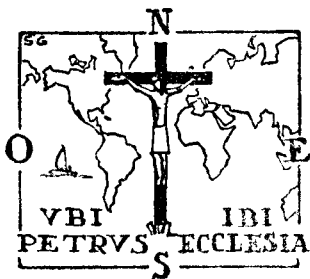
Lo que nos dice el poema, lo que nos dice, es que el hombre — este cantor concreto — está angustiado — está mal — en su ubicación terrenal. Y la posibilidad de otros mundos habitados le hace soñar — como reacción, como evasión en su desdicha — en otros seres que quizá poseen la felicidad.

Es probable que el poeta no se lo haya planteado conscientemente. Pero lo que nos enseña el canto de sus planetas habitados es que añora la felicidad, huida para siempre; que se debate desangrándose en la sensación del pecado; que espera en una claridad, en un rayo de luz, quizá en una encendida catarata deslumbradora.

Y ahora hablemos del libro de Jaime Ferrán. Jaime Ferrán tiene, entre otros méritos, el de haber alcanzado este año el Premio de Poesía Castellana de la Ciudad de Barcelona. Claro que, como ha notado agudamente un crítico, entre el libro que nos brinda ahora, *Adonais*, y el libro inédito que ha sido galardonado, ha de mediar forzosamente un largo trecho.

La mayoría de las composiciones de *Desde esta orilla* son sonetos. Unos sonetos, a veces duros y atormentados; pero con frecuencia llenos de una vitalidad, de una savia honda, que revela un auténtico poeta. Cuando más palpito cobra su canto, es al asomarse a la naturaleza. Canta la naturaleza con acento llano, con amor y jugosidad. En ella, busca a Dios — en ávida persecución, en poesía, implacablemente.

FRANCISCO SALYÁ MIQUEL



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

La salud de Su Santidad. — Las relaciones de los Estados Unidos con el Vaticano. — Sobre la cuestión de actualidad en ciertos sectores del catolicismo francés

LA SALUD DE SU SANTIDAD

De unas semanas a esta parte, los católicos del mundo entero, viven pendientes de las noticias relativas al estado de salud de Su Santidad el Papa. Aunque los partes facultativos no han hablado nunca de una situación extrema, sin embargo, el hecho de que el Papa haya sido obligado, por los médicos, a guardar riguroso descanso, y las sospechas levantadas en torno a lo que por algunos se supone raíz de la dolencia, han dado lugar a cierta ansiedad expectante. En muchísimas partes se han realizado rogativas para la salud del Padre común de los fieles. Hace pocos días, la Secretaría de Estado de Su Santidad agradecía al Cardenal Gerlier, primado de las Galias, la ofrenda de preces y sacrificios de los católicos franceses, y le comunicaba en nombre de Su Santidad, que el Papa ofrecía a Dios sus dolores por el bien de aquéllos. En la diócesis de Barcelona, el Excmo. Sr. Arzobispo-Obispo ha decretado se rece en todas las misas la oración "pro-infirmitate". Las noticias de última hora, correspondientes al domingo, día 7, son más confortantes. Anuncian que Su Santidad oyó Misa a las ocho y media de la mañana, y conferenció extensamente, después de desayunar, con el Pro-Secretario de Estado, monseñor Montini. Se anuncia también, que Su Santidad ingiere sin trastornos alimentos semisólidos y que, de proseguir la mejoría iniciada, se espera pueda reintegrarse, no más tarde de mediados de mes, a algunas de sus tareas más urgentes en el gobierno de la Iglesia.

LAS RELACIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS CON EL VATICANO.

El corresponsal de *ABC* en Roma, Julián Cortés Cavanillas, dice así, en la crónica que publica el antedicho periódico, con fecha de 1 de marzo:

"En estos últimos días, el subsecretario de Estado, Bedell Smith, en una reunión a puerta cerrada, de la Comisión de Créditos de la Cámara de Representantes, ha expresado la opinión de que sería conveniente "restablecer relaciones formales bajo una forma u otra con el Vaticano". El subsecretario añadió, a título personal, que "sería ventajoso para el Gobierno americano tener un representante ante la Santa Sede, ya que, desde el punto de vista de los asuntos diplomáticos y en razón de nuestra oposición al comunismo, valdría la pena restablecer de cualquier modo, las relaciones oficiales con el Vaticano". Un miembro de la Comisión, el diputado por Nueva York, John J. Rooney, dijo, a su vez, "que esa es su misma opinión, pero que, desgraciadamente, no todos sus colegas están de acuerdo en ese punto".

Comentando la noticia, el aludido corresponsal afirma poder decir que "si la Santa Sede, por su parte, desea vivamente normales relaciones diplomáticas con los Estados

Unidos, donde existe una imponente masa de treinta millones de católicos, no es menos cierto que no aceptaría su establecimiento "de cualquier modo" o "en una forma o en otra", sino en la única forma posible, jurídicamente correcta y diplomáticamente normal. Es decir: nada de representantes personales, sino embajador y nuncio, o a esperar mejores tiempos, que llegarán, sin duda alguna."

Las relaciones diplomáticas con la Iglesia deben basarse, por parte del Estado que las establezca, en el pleno reconocimiento del carácter netamente espiritual de la Esposa de Cristo y de su consiguiente derecho al gobierno y guía de las almas de sus fieles. A menudo, en todos los tiempos, el conocimiento de la importancia que reviste la misión espiritual de la Iglesia en la vida de la humanidad, ha movido a muchos países no católicos a establecer contacto por la vía diplomática oficial con la Santa Sede. Por esa razón puede decirse que hoy, la inmensa mayoría de los países civilizados tienen representante diplomático en el Vaticano. Es claro entonces, que un lógico y natural buen sentido de las cosas ha de hacer desear a los gobernantes de los países que todavía carecen de representante diplomático en el Vaticano, el salir prontamente del estado de inferioridad que supone semejante carencia. Pero, el agrado con que ve tales deseos, nunca será bastante a los ojos de la Iglesia, para consentir que el asentamiento de las relaciones diplomáticas con dichos países, tenga otros motivos y se presente con alcance distinto, de los arriba nombrados, y que son los que convienen a su carácter divino.

SOBRE LA CUESTIÓN DE ACTUALIDAD EN CIERTOS SECTORES DEL CATOLICISMO FRANCÉS

En la edición pasada insertábamos algunas notas sobre la cuestión de los sacerdotes-obreros en el vecino país. Esta muy lejos de nuestro ánimo, así faltar a los deberes de la cristiana caridad respecto a nadie, como el airear innecesariamente algunas zonas del problema que, si algo muestran, por desgracia, es el subido grado de confusión que alcanza la pretendida formación doctrinal de muchos. De todas formas, han trascendido demasiado ciertas actitudes que han ido perfilándose en el transcurso de esta última quincena, para que, no obstante aquel propósito, al que queremos permanecer fieles, nos sintamos excusados de dar de ellas una mínima referencia. El lector ha llegado en conocimiento, durante estos últimos días, de cierto artículo de Francois Mauriac, en el que, a propósito de lo que él entiende daño inferido a la "aile marchante de l'Eglise de France" y con no disimuladas recriminaciones, que saben a abierto naturalismo, pide un nuevo Concordato para su país. También son conocidas las interpellaciones, en el Parlamento francés, de dos diputados — "de-

gaullista" uno, y socialista otro— con las que se reclamaba respectivamente la vindicación del honor nacional, agraviado por el pésimo efecto de las medidas acordadas por Roma, habían de causar a todo el mundo, y la necesaria sujeción, por lo que respecta al Nuncio de Su Santidad a unos límites de conducta, que el mismo interpellante, con peregrino desconocimiento de lo que el Derecho Canónico dice sobre el particular, fijaba alegre y caprichosamente. Parece innecesario aludir a otras semejantes o parecidas manifestaciones. En primer término, porque no son tan conocidas. Y, en segundo lugar, porque si hablar en católico, sobre asuntos que afectan al vivir católico, requiere siempre acatar las directrices que da la Iglesia, por medio de sus pastores y legítimos representantes, las manifestaciones a que nos referimos, acusan, no ya una carencia de acomodamiento, sino una clara oposición a tan fundamental principio. A nuestro juicio, el deber del católico es ayudar a que se haga la luz, desde el único ángulo posible y, por supuesto, admisible, para el creyente: el de la Iglesia. Por eso, ofrecemos a nuestros lectores unos párrafos del artículo "Deformaciones de la caridad", publicado en *L'Osservatore Romano* de 19 de febrero, que refleja el sentir de la Iglesia y que es obra, a no dudarlo, de pluma autorizadísima:

"Un punto en torno al cual se centran, tal vez aquí y allí, hoy, peligrosas tendencias, es el relativo a la concepción y a la práctica de la caridad, que se quisiera encaminar hacia aquel humanitarismo laicista que deja vacía la caridad cristiana de todo contenido sobrenatural: concepción y práctica que, aplicada a la vida de la Iglesia, desnaturalizan su misión en el mundo, adulterando su significado. Tal es la que afirma, con una inversión paradójica de valores, que, al menos, en la práctica, la caridad para con el prójimo debe prevalecer, en el momento de la necesidad, sobre la caridad para con Dios. Otros clasifican únicamente como caridad la del buen samaritano y llegan a decir que en el juicio final Dios pedirá cuentas tan sólo de lo que se haya hecho en el campo de las obras de misericordia corporales, como si Jesús no hubiera enseñado que será condenado no sólo el que niega el pan al hambriento (Mat. XXV, 41 y ss.), sino también el que haya renegado de Él delante de los hombres (Mat. X, 33) y que haya pecado contra el Espíritu Santo (Mat. XII, 32). como si no hubiese toda una serie de pecados, que enuncian San Pablo (Gal. V, 19-21), San Pedro (II, Ptr. II, 12) y San Juan (Apoc. XXI, 8), de los cuales se ha dicho que el que los cometiere no obtendrá el Reino de Dios, sino la muerte eterna.

"Algunos proclaman que, frente a la necesidad de las obras de misericordia corporales, pasan a segundo término no sólo las de misericordia espirituales, sino también

las del culto a Dios y de la vida interior: todo eso es secundario y puede relegarse, comprendiendo en ello los Sacramentos, la Misa, la oración, la obediencia, etc.... La consecuencia de tales posiciones ideológicas y prácticas es que por ellas, fuera de la línea trazada por la espiritualidad cristiana y por la doctrina de la Iglesia, se llega a la apostasía del estado religioso o sacerdotal o de la fe, pues muchos, en nombre de la caridad, adoptan actitudes que, por la fuerza de una dialéctica paradójica, pero inexorable, acaban constituyendo una violación de la ley de la caridad. Prueba de que sin la supremacía del amor a Dios, no es posible amar de veras al prójimo.

"En particular no es señal de caridad toda actitud de resistencia o de rebelión hacia la Iglesia, siquiera se encubra bajo una profesión de apasionado amor y de sincera

preocupación por su suerte. En realidad, se trata de resentimiento y de acrimonias o bien de una tendencia morbosa, que lleva a algunos "católicos" a endosar a la Iglesia toda la responsabilidad de los males del mundo moderno, especialmente en el campo social. Tal vez no hablen directamente de la Iglesia docente, sino de los "cristianos"; pero no es difícil saltar por encima de la palabra para ver cuál sea el objetivo a que se apunta más o menos voluntariamente.

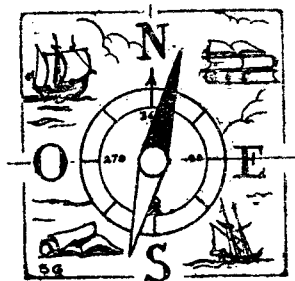
"Estas gentes, por el contrario, tienden los brazos a los comunistas, dispuestos a cerrar los ojos sobre todos los crímenes cometidos en las diversas partes del mundo, particularmente en daño de la Iglesia..."

"La Iglesia ha hecho mal excomulgando a los comunistas, y hace todavía mal procurando convertirlos. Su deber no es convertir, sino testimoniar. "La conversión de

las almas no es tarea nuestra..." "A nosotros toca amarlas, iluminarlas y respetarlas hasta que se haga una sola cosa dentro de la más noble simplicidad...", etc. (1).

"Es verdad que la conversión es obra más de la gracia de Dios que de la acción humana; pero parece que aquí las palabras del Evangelio, que amonestan sobre la necesidad de convertirse y de creer para tener la vida, y que confían a la Iglesia la misión de predicar, bautizar y dar la salud a cuantos crean por la palabra de los predicadores, se ven reducidas a nada. Parece que el ansia de San Pablo de dar a todos a Cristo y de llevar a todos a Él venga sustituida por un practicismo acomodaticio, dentro del cual existe misericordia para todos (¡herejía de la condescendencia!), excepto para los propios hermanos en la fe: para éstos sólo hay acritud y arrogancia."

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Foster Dulles y los pueblos oprimidos por el comunismo - Destitución de Naguib - La rehabilitación de Naguib y los acontecimientos de Siria - El «maccartismo» fué inventado por un espía comunista

Del 20 al 25 de febrero

FOSTER DULLES Y LOS PUEBLOS OPRIMIDOS POR EL COMUNISMO

"Me alegra estar de regreso de la Conferencia de Berlín", ha afirmado Foster Dulles a su llegada a Washington.

El motivo de la alegría del secretario de Estado norteamericano obedece, según ha dicho, a un doble motivo: haber luchado "en favor del principio de la libertad", y haber avanzado hacia el logro de la unidad europea al socaire de la intransigencia soviética.

Sobre lo primero, el resultado parece haber sido completamente estéril, pues además de no conseguirse el restablecimiento de la unidad e independencia de Alemania y Austria, se logró, desde los primeros instantes, crear un silencio absoluto alrededor de la grave situación en que se encuentran los pueblos sometidos a la tiranía comunista en el Oriente europeo.

En el discurso que ha dirigido Foster Dulles a sus compatriotas a su vuelta de Berlín, ha hablado por vez primera, después de mucho tiempo, de los países satélites de Moscú, afirmando que "los pueblos bajo el dominio soviético deben saber que nada de lo que ha sucedido en Berlín ha hecho menos probable... la restauración de la libertad en Polonia, Checoslovaquia y otros países satélites".

Sin embargo, la realidad nos dice que ni Foster Dulles ni los ministros de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña y Francia, parecen haberse acordado en Berlín de las naciones oprimidas por el bolchevismo. Pre-

cisamente ha sido esta omisión la que ha refrendado los temores de quienes sospechan que la política exterior norteamericana ha sufrido un cambio trascendental en el enfoque de las relaciones del mundo occidental con el bloque soviético.

No es menos probable ahora la liberación de Polonia, y de los demás países oprimidos por el comunismo, ha dicho Foster Dulles, pero ¿están más cerca de conseguirla después de las reuniones de Berlín?

La pregunta podría aplicarse igualmente a los pueblos asiáticos dominados ya, o gravemente amenazados de serlo, por el comunismo. ¿Es más probable su liberación después de los acuerdos firmados en la antigua capital alemana?

Los hechos parecen darnos una respuesta negativa.

Por de pronto, Washington ha avanzado sensiblemente, pese a todas las denegaciones oficiales, hacia el reconocimiento de la China roja.

Bernard Béguin en las páginas del "Journal de Genève" ha escrito que "la discusión de la unificación pacífica de Corea mientras el Occidente apoye a Syngman Rhee y a Chiang Kai Shek, resultará todavía más pueril que proponer a los rusos la unificación de Alemania en el cuadro del Pacto Atlántico". Como sería igualmente pueril tratar de que Moscú y Pekín aseguren la independencia de Indochina en el seno de la Unión francesa.

Si ello es así, ¿por qué Foster Dulles ha aceptado acudir a Ginebra el 26 de abril? ¿Cómo será posible después de esta fecha que los Estados Unidos mantengan a Chiang Kai Shek frente a Mao?

DESTITUCIÓN DE NAGUIB

Mientras en Alepo ha estallado un movimiento militar contra el actual Presidente de Siria, general Chichakli, el Consejo militar revolucionario que controla los destinos de Egipto desde el movimiento contra Faruk, anuncia la dimisión de Naguib.

Una nueva etapa se abre para el pueblo egipcio. Según el comunicado facilitado por el Consejo revolucionario, los motivos de la marcha de Naguib han sido sus constantes peticiones de "mayor autoridad", aunque el dimitido general no formó parte inicialmente de la junta que preparó la revolución contra Faruk. "El Consejo, añade el comunicado, no aceptó en absoluto ninguna desviación de las reglas que se formularon mucho antes de la revolución y que estipulan que todos los miembros, incluso el jefe, eran iguales en autoridad".

El coronel Abdel Nasser, verdadero dirigente del movimiento revolucionario, según se dice, se ha hecho cargo de la presidencia del Gobierno, al tiempo que Naguib ha quedado arrestado en su propio domicilio.

Una de las primeras medidas tomadas por el Gobierno de Nasser ha sido levantar la prohibición que pesaba sobre la Hermandad Musulmana, poderosa organización disuelta recientemente por Naguib. Y la pregunta surge inmediatamente: ¿Habrán sido los elementos de la Hermandad los que han provocado el inesperado cambio político?

También conviene tener presente las manifestaciones hechas por Naguib, horas antes de su destitución, al corresponsal de la "National Broadcasting Corporation", en las que advirtió la contingencia de que surgieran graves dificultades entre Egipto y Norte-

ACTUALIDAD

américa, en el caso de que Washington apoyase a Gran Bretaña en el problema del Canal.

Sin embargo, Londres anuncia que la presencia de Nasser al frente de los destinos egipcios, "puede haber puesto fin a toda posibilidad de un acuerdo angloegipcio sobre el Canal de Suez, en un próximo futuro".

¿Qué esconden los rápidos cambios operados en Egipto? ¿Profundas discordias internas o influencias exteriores?

No hay que olvidar que a Israel le conviene mantener la discordia entre los países árabes e impedir el fortalecimiento de todos sus vecinos. Los acontecimientos de Egipto y de Siria no habrán dejado de causar excelente efecto entre los dirigentes de Tel Aviv.

Del 26 febrero al 1.º marzo

LA REHABILITACIÓN DE NAGUIB Y LOS ACONTECIMIENTOS DE SIRIA

Todavía venían llenas las páginas de los periódicos de sabrosos comentarios sobre el sentido y trascendencia de los sucesos ocurridos en Egipto, cuando inesperadamente un fuerte bandazo sobre el barco tambaleante en que se mueven los jóvenes adalides del Consejo Revolucionario que rige los destinos de aquel país, acaba de restablecer, con ligeras modificaciones, la precedente situación.

Todavía algunos diarios insistían en la realidad "inevitable" de esa crisis, "conforme a la ley que preside el desenvolvimiento de una revolución" (*Journal de Genève*), y presentaban la caída de Naguib como la conclusión de un conocido proceso: "la revolución devorando a sus propios artífices" (*Il Popolo*), cuando ya el dimitido, el vapuleado general, abandonaba triunfante su residencia particular, en donde había permanecido en estado de semi-arresto, para incorporarse a sus tareas de Presidente de la República.

¿Qué ha ocurrido en el corto período intermedio? ¿Por qué fué alejado Naguib? ¿Por qué regresa?

¿Qué planes, qué influencias, qué objetivos se han entrecruzado estos días en El Cairo, en extraña mezcolanza con los ignorados propósitos del Consejo Revolucionario?

Algunos comentarios aseguran que el meollo del problema, como insinuábamos en el comentario anterior, hay que buscarlo en la disolución por Naguib de la Hermandad Musulmana, y que fué autorizada de nuevo a los pocos minutos de anunciarse la dimi-

sión del general. Otros lo centran en una abierta consigna de "endurecer" las relaciones con la Gran Bretaña. Y aún hay quien subraya la conveniencia de no despreciar la posible labor de zapa de los dirigentes de los antiguos partidos políticos, singularmente del influyente Wafd.

Si todo ello es cierto, y podría serlo por lo menos en cierto grado, no es tal vez suficiente para darnos una explicación definitiva de la brusca desaparición de Naguib, primero, y del restablecimiento subsiguiente de la situación en el plazo de unas horas, sin mayores violencias ni agudas represalias.

De hecho, las convulsiones que han sufrido casi simultáneamente los pueblos de Egipto y Siria no son sino una exteriorización de la crisis política y militar que aqueja al Próximo Oriente, desde que los Estados árabes no lograron impedir ni con la presión diplomática ni con la fuerza de las armas que los Estados Unidos y la Unión Soviética otorgaran su apoyo incondicional a los judíos sionistas, ni que éstos implantaran y consolidaran el Estado de Israel sobre las ruinas humeantes que dejaron tras de sí los ochocientos mil árabes, lanzados a un sangriento éxodo por las tierras desérticas que circundan la Palestina.

La influencia sionista debe pesar extremadamente en las negociaciones de Egipto con la Gran Bretaña sobre el futuro de la zona estratégica del Canal. Pero, ¿que pueden hacer los dirigentes de El Cairo contando con la enemiga del sionismo y de sus aliados londinenses, en íntima conexión con los residuos de una política imperial en trance de desaparecer? La esperanza en Norteamérica parece haber fallado por completo desde que Washington ha logrado la incorporación del Pakistán, a través de Turquía, en la red de Pactos que rodean prácticamente todo el globo. Los problemas que plantea Egipto pueden esperar. Tampoco los Estados Unidos desean la amistad de los pueblos árabes a costa de perder la de Israel.

Por el contrario, los acontecimientos de Siria parecen encajar con los designios norteamericanos en el Oriente cercano. Desde 1949, los sucesivos golpes de Estado de Choukry el Kouatly, del coronel Zaim, del coronel Hennaoui, de Chichakly y de Achem el Atassi, señalan, a grandes rasgos el altibajo de dos políticas contrapuestas: la que buscaría la alianza con el Occidente de acuerdo con una estrecha unión con Jordania y el Irak, y la que trata de salvaguardar su independencia contando con la amistad y el apoyo moral de la Arabia Saudita, singularmente. La impresión es que la derrota y

subsiguiente huida de Chichakly significa el triunfo de la primera de las dos tendencias.

¿Se buscaba algo parecido en Egipto? ¿Qué representa Naguib en relación a los intereses contrapuestos que sellaron alternativamente su fracaso y su victoria?

Los futuros acontecimientos que habrán de producirse en la vieja tierra de los faraones, señalarán sin duda el verdadero alcance de una sorprendente conjura de cuyo fracaso no tenemos aun constancia cierta.

EL "MACCARTISMO" FUÉ INVENTADO POR UN ESPÍA COMUNISTA

Ni el propio Stalin, se acaba de escribir, consiguió que "Pravda" o "Izvestia" estamparan su nombre tantas veces en un sólo número como lo ha logrado, sin quererlo, Joseph McCarthy en las páginas del suplemento dominical del "New York Times".

Nada menos que diez artículos dedican los directores del diario liberal y progresista contra las actividades del senador de Wisconsin, cuya figura se está convirtiendo rápidamente en el núcleo polarizador del pueblo norteamericano, después de la enérgica y decisiva actitud de la Comisión senatorial que preside, para desenmascarar las infiltraciones comunistas en el Ejército.

A última hora se anuncia en Washington una "próxima reorganización administrativa", al tiempo que el secretario de Defensa manifiesta que "se efectuará un esfuerzo para mejorar la organización del Ejército, dentro de poco".

Se comprende que la prensa izquierdista de los Estados Unidos, y también la de la Europa occidental, arremetan contra McCarthy, haciendo suya, como seña y consigna de la campaña, la palabra "maccartismo" inventada por Owen Lattimore, profesor de Derecho y espía comunista.

Pero el batallador senador sigue firme en su puesto contando con el apoyo de la opinión pública, lo que no puede menos de influir en la posición de los elementos del Partido Republicano, incluyendo los que se hallan en el polo opuesto de McCarthy, en los instantes en que se inician los preparativos para las elecciones de noviembre.

En estas elecciones, el triunfo del Partido Republicano va íntimamente ligado, al decir de algunos, con la derrota de "seis senadores demócratas", y, como ha escrito el "Christian Science Monitor", periódico antimaccartista, "ninguno de los seis podrá ser derrotado sin la ayuda activa de McCarthy".

Aunque esta verdad duela a muchos, incluso dentro de la propia Casa Blanca.

SHEHAR YASHUB

LIBROS RECIBIDOS

En esta sección se anuncian las obras, de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares, sin comprometerlos, no obstante, a publicar reseña bibliográfica alguna, por falta de espacio, a no ser en los casos en que la obra se adapte de un modo especial a la índole de nuestra revista.

Editorial Difusión. - Buenos Aires, Montevideo, Santiago

EL VERBO DE VIDA, por Iván Kologrivof. Traducción de Daniel J. Ruiz. Colección "Instrucción religiosa", núm. 50. 1953.
ALBERTO JORGE IRISARRI, por Gabriel Feyles. 1953.
FLORECILLAS DE S. FRANCISCO DE ASIS. Traducción del P. Jaime Sala. 1953.
MUNDO MODERNO. Buenos Aires. — Distribuidor exclusivo: Editorial Difusión.

DISCURSO, de José Manuel Estrada. — Biblioteca Universal. Volumen 1.º, 1953.
VIDA DE S. PABLO APOSTOL, por Francisco de Quevedo. — Biblioteca universal. Volumen 5.º, 1953.

U. N. E. S. C. O. - Paris

LA IGLESIA CATOLICA Y LA CUESTION RACIAL, por el P. Yves M. — J. Congar O. P. de la colección "La cuestión racial y el pensamiento moderno". 1953.

Edizioni Paoline. - Roma

LA TERRA DI DIO, por el P. Carlo Gasbarri d. O.

Publicaciones "Cristiandad"

y otras obras de actualidad

"Publicaciones CRISTIANDAD"

	<u>PESETAS</u>
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	
Documentos Pontificios edición castellana	30' -
» latino-castellana (agotada)	45' -
<i>José Oriol Cuffi Canadell</i>	35' -
Catolicismo o Barbarie	
Emisaria de Cristo Rey. Sor María del Divino Corazón	
<i>Rdo. Luis Chasle, Pbro.</i>	30' -
Actualidad de la Idea de Cristo Rey	15' -
La Soberanía Social de Jesucristo	30' -
¿Sabes desde cuando nos aman los Corazones de Jesús y de María?	21' -
<i>P. Enrique Ramière, S. J.</i>	
<i>M. L. Suñe</i>	

Obras Filosóficas

La escala de los seres o el dinamismo de la perfección	<i>Dr. Jaime Bofill Bofill</i>	70' -
--	--------------------------------	-------

Obras de actualidad

La Cuestión de Palestina (agotada)	<i>José Oriol Cuffi Canadell</i>	10' -
La Sombra de Bela-Kun	<i>José Oriol Cuffi Canadell</i>	10' -

Obras que por su interés recomendamos

(Depósito en nuestra Administración)

El Liberalismo es pecado	<i>Dr. Félix Sardá y Salvany</i>	6' -
La Inquisición	<i>J. M. Orti Lara</i>	15' -
La vuelta a los altares	<i>Luis Creus Vidal</i>	25' -

Documentos Pontificios de S. S. Pío XII

Cartas, Discursos, Mensajes y Exhortaciones año 1952		
Encuadernados		65' -
En tela y piel		90' -
Sin encuadernar		55' -

Fascículo "Iconografía Española de la Asunción"

25 magníficas láminas en papel offset	75' -
En papel de hilo edición numerada (95 ejemplares, núms. 1-95)	375' -

Siempre lo mejor en estilográficas

PARKER "51" y "21"
WATERMAN'S
SHEAFFER'S
EVERSHARP
MONTBLANC
SUPER T
ETC.
COMPLETA
GARANTIA



...y además
el TALLER de
REPARACIONES
MEJOR EQUIPADO
DE ESPAÑA

*Central de la
Estilográfica*

Puetaferrisa, 17
Teléfono 31 43 86

Calle Archs, 1 y 3
Teléfono 22 56 41

BARCELONA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

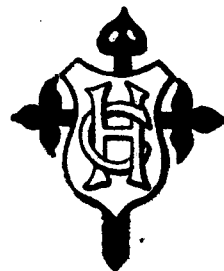
Una maravilla entre maravillas

Federico Bernadà Roca

Agente Comercial Colegiado
Valencia, 347 - BARCELONA - Tel. 37 60 82



Gestiona: Suscripción y adquisición de revistas
y libros católicos, toda clase de trabajos
de imprenta y encuadernaciones,
cobros de recibos



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN



SANTIAGO DE COMPOSTELA

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

INGLES FRANCES

Lecciones en casa y domicilio-Traducciones-Correspondencia

ENSEÑANZA RAPIDA PARA EXAMENES

Adrián de Gispert Serra

Lauria, 89, 3.º, 2.º Tel. 28 43 58 BARCELONA